

**LEER EN  
LIBERTAD EN LA  
CUAUHTÉMOC**

*Antología literaria*

**© Paco Ignacio Taibo II, Bertolt Brecht, Armando Vega-Gil, Howard Fast, Benito Taibo, Manuel Scorza, Elmer Mendoza, Agustín Sánchez, Sanjuana Martínez, Bernardo Fernández BEF, Leo Mendoza y Rogelio Guedea.**

Ésta es una publicación del Comité de Campaña de Alejandro Fernández, candidato a Jefe Delegacional por Cuauhtémoc y Para Leer en Libertad AC.

**[www.brigadaparaleerenlibertad.com](http://www.brigadaparaleerenlibertad.com)  
[brigadaparaleerenlibertad@gmail.com](mailto:brigadaparaleerenlibertad@gmail.com)**

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez  
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero  
Ilustración cortesía de Huidobro





## EL MISTERIO DE LA ARAÑA

PACO IGNACIO TAIBO II

“La araña” se introdujo en su vida, cuando entró a mear por tercera vez en la jornada. No estaba muy claro si es que había bebido un rechingo de Victorias el domingo, o que estaba hartado del olor de los chiles en vinagre, el caso es que había dejado la línea por tercera vez y se fue a meter al rincón de los meados. Y allí, resplandeciente, sobre los mosaicos que alguna vez fueron blancos, se veía clarito el mensaje:

Las horas extras se pagan doble

La araña

y abajo un extraño signo, como una bolita con cuatro patitas filosas, algo así como una araña.

Roberto se quedó mirando la pared sorprendido, y hasta se olvidó de mear. “Las horas extras se pagan doble”, pensó. De nuevo entre los chiles en vinagre, fue olvidándose de la historia, y ya no volvió a recuperarla ni siquiera cuando le pidieron que se quedara dos horas a sacar los úl-

---

Leer en libertad en la Cuauhtémoc  
timos chiles que habían llegado en los camiones en la ma-  
ñana. Tampoco se acordó del mensaje el viernes siguiente,  
cuando en el sobre de raya, le pagaron esas dos horas y  
otras tres que se había echado el miércoles como sencillas.  
La verdad es que la sorpresa le duró bien poco, y además  
alguien debía haber borrado el letrero luego luego, porque  
el martes entrando a trabajar, ya no estaba.

Una semana después cuando estaba ayudando en  
enlatado, sobre la línea pasó un papel, entre dos botes relucien-  
tes, aún sin etiquetas. Un papel blanco, con grandes letras:

¿Por qué no dan las botas que prometieron?

La araña

Roberto levantó la vista buscando quién lo había  
puesto allí de los once cuates que había antes que él en esa  
línea, pero sólo descubrió caras ocupadas, rostros hundi-  
dos en las operaciones de rellenado. Las mismas caras y  
los mismos güeyes de siempre. Estuvo a punto de tender la  
mano para tomar el papel, pero se contuvo. Siguió traba-  
jando, aunque a ratos ojeaba para ver cómo reaccionaban  
los que lo seguían en la línea, los otros catorce güeyes que  
seguían; más aún, quería saber qué pasaba cuando el papel  
llegaba hasta el final, pero por andar menseando estuvo a  
punto de pasársele un bote, y cuando se dio cuenta, el pa-  
pel ya no estaba sobre la banda móvil. O se había caído, o  
alguien lo había pasado a la banda de enfrente.

Luego, pensó en el mensaje: “¿Por qué no dan las  
botas que prometieron?” A güevo, se dijo, las botas, porque  
todo el rato se estaba uno resbalando con los desperdicios,

---

Antología literaria  
y la empresa había prometido a principio de año unas botas de hule con banda estriada en la suela, y pura madre, nunca habían llegado.

Pero Roberto tenía mala memoria, y cuando el jueves patinó y se dio un buen madrazo en la cadera, y casi se rompe el brazo, no se acordó del mensaje de *la araña*, y se limitó a decirse a sí mismo que era muy pendejo, que si no se fijaba iba a acabar en el Seguro y de mala manera.

Aún así, el jueves, después del putazo, cuando lo tenían cargando botes en un camión, *la araña* se le volvió a aparecer mágicamente.

Llevaba dos botes de a seis kilos en equilibrio y de repente se fijó que enfrente de sus narices, en lugar de la habitual etiqueta: Chiles La Tlalpeña, estaba pegado un volantito que decía:

¿Sabes que hace diez años que tenemos  
sindicato?  
La araña

y nuevamente la bolita con patitas.

Del susto, esta vez por poco se cae sin necesitar el resbalón. Cuando se repuso llegó hasta el camión y pasó el bote de manera que Fermín, que era el que los recibía arriba, viera clarito el letrero que sustituía la etiqueta, y esperó encontrar una clave en su rostro, pero Fermín nomás lo contempló y luego mirándolo a él fijamente, dijo:

—¡Ah!, qué la araña.

Como el Fermín era muy callado, y él no era su cuate, siguió cargando sin preguntar nada, pero fijándose en que al menos uno de cada veinte botes traía letrerito en lugar de etiqueta.

Así se fue el día, y al siguiente, cuando estaba taqueando en el changarrito enfrente de la entrada principal de la fábrica, ya ni se sorprendió al encontrar en lugar de las servilletas de papel de estraza un puñito de volantes, de la cuarta parte de una hoja, en los que *la araña* lanzaba un nuevo mensaje:

El sindicato debería servir para defender a los trabajadores, y en el nuestro, el secretario general es Macías. ¿Cómo la ven?

La araña

Macías era el jefe de producción, un cabrón moreno como de cuarenta años con ojos de puerquito que sólo salía de la oficina para pasear por la planta mirando todo y anotando en un bloc, sin dirigirle la palabra a nadie. Luego llegaban los castigos y las broncas por boca de los capataces.

Roberto se quedó confundido, con un taco de huevo y arroz a medio camino entre la boca y la mano.

—Seño, ¿quién le trajo estos recaditos?

—¿Los volantes esos, joven? —respondió la taquera entendida.

Roberto asintió.

—Sepa, ya ve que aquí pasan, vienen, comen y se van, y son re'hartos.

Roberto tomó uno y se lo guardó en el bolsillo superior de la camisa, ante la celosa mirada de la taquera que quería ver si lo usaba de servilleta.

¿Quién era la araña? ¿Qué era eso del sindicato? ¿Por qué Macías era el secretario del sindicato? ¿No era jefe? ¿Qué pedo con las botas? ¿A cómo se pagaban las horas extras?



Todo se le juntó en la cabeza, y se hizo la voluntad de preguntarle al señor Luna.

A lo mejor la decisión le duró media hora, pero en el baño un nuevo mensaje de la araña, cuando pasó por ahí a la hora de salida, impidió que se le olvidara.

El aguinaldo no tiene que tener  
descuentos según la ley

La araña

Total que con lo del aguinaldo en la cabeza (estábamos en marzo, ¿a quién chingaos le importaba el aguinaldo? Era verdad que el año pasado les habían dado trece días, ya después del descuento, pero eso fue el año pasado), se fue a esperar al señor Luna frente al portón.

—Señor Luna, oiga, ¿me podría decir lo de la araña?

Luna era de los pocos que aún usaban sombrero en el trabajo, como él y como otros dos o tres más, ya vetarros, que no le sacaban al parche de decir que ellos eran de más allá de Pachuca, y si no fuera porque las parcelas no se recortan entre diez hermanos, por allá se hubieran quedado. Además, Luna era el que lo había metido a trabajar, y el que le había conseguido un cuartito en una vecindad al pie del Cerro de la Campana, y el que lo había llevado al burdel de la Pancha, ahí por el kilómetro dieciséis y medio, y el que lo había cuidado y recomendado y todo porque era del pueblo. Luna que además era capataz de envasado, cuando Roberto dijo lo de *la araña*, se le quedó viendo chueco, porque cuando estaba cansado, un ojo se le iba.

—¿Qué sabe usted de lo de la araña? —contestó.

—No, pues nada.

—Cómo que nada —dijo Luna encabronado. ¿Qué, le di un trabajo pa' que ahora me ande ocultando cosas? Usted es como mi ahijado, y a los padrinos no se les miente.

—No, pues lo que sale en los baños —dijo Roberto atemorizado y pensando que mejor se hubiera tapado el hocico.

—¿Qué sale?, ¿quién es la araña?

—No pues sepa, yo le venía a preguntar a usted.

Como Luna había estado subiendo la voz, se había juntado una racilla alrededor y alguno dijo en voz alta:

—Ya dígame, Luna, no sea cabrón, dígame que usted es la araña.

Se oyeron risas. Luna sin voltear tomó a Roberto del brazo y lo apartó de la bolita.

—Usted, ahijado, no le crea nada a esa araña, usted si le dicen algo de la araña, nomás viene y me lo cuenta —dijo Luna cambiando el tono hosco por un tono paternal, como el de siempre.

Total que Roberto se quedó sin saber nada, y quizá por eso le fue más difícil la decisión la próxima vez que se vio frente a un mensaje de *la araña*. Eso ocurrió al día siguiente, un martes en que el trabajo había estado particularmente cabrón, porque los capataces traían consigna de empujar las líneas para poder sacar la producción que se había atorado en las cubas de encurtido. De repente, alguien pasó a su lado y le dejó un volantito enfrente. Roberto volteó y se dio cuenta de que había sido uno de los que maquinaban los botes, uno de los del departamento de hojalatería, un grandote moreno que tenía fama de ser bueno pa' los madrazos.

El volante informaba:

La araña dice: Ya llegó la hora de organizarnos:  
por salario mejor, por mejores condiciones de  
trabajo, por botas y guantes, por pago legal, por  
sindicato independiente  
Léelo y pásalo

Como éste estaba largo, Roberto a punto estuvo de perderle el paso a la línea y cuando se dio cuenta, ya tenía tres botes para llenar encima de él. Cuando logró desahogar de nuevo, se quedó pensando y, al fin, tímidamente tomó el volante y se lo pasó a Fidel, un chavillo de Puebla que no hablaba nunca con nadie. Fidel tomó el papelito y le devolvió la mirada, como agradecido, pero silencioso. Ya luego Roberto no supo qué pasó, si lo había leído o no y si lo había pasado.

La araña volvió a atacar tres veces más esa semana: dos veces el miércoles y una el viernes. Las del miércoles fueron pintadas en los camiones repartidores, probablemente hechas en la noche, que pregonaban bien alto:

A la araña no se la puede reprimir,  
la empresa nos pela el nabo. El  
despido de Lucio no nos afecta.

La segunda decía:

Lucio, reinstalación.

La araña

Roberto supuso que el Lucio de que hablaban las pintadas, era un chavo que estaba con él en el equipo de

---

Leer en libertad en la Cuauhtémoc fútbol y que, cuando el año pasado habían dado los aguinaldos había reclamado en voz alta porque faltaba lana. ¿A qué hora lo habían corrido?

El viernes a Roberto, que era ayudante general con salario mínimo, lo mandaron a descargar, y cuando en esas andaba, se le acercó por la espalda Macías y empezó a gritar:

—¡A ver, señores, el que me diga quién anda detrás de estos papelitos, le doy ahorita mismo dos mil pesos!

Roberto y los tres que estaban cerca de él se voltearon espantados, Macías movía en la mano un volante. Roberto a pesar del miedo estiró la suya pidiéndoselo con un gesto, Macías se desconcertó, y quizá por eso se lo pasó.

La empresa ha ganado este año 600 millones de pesos, y ha repartido utilidades por cero pesos.

Pinches marranos.

La araña

Roberto sonrió, lo que Macías interpretó erróneamente. —¿Usted sabe algo de estos papeles?

—No, yo qué voy a saber— dijo Roberto. Macías se lo arrancó de la mano y se fue caminando por el pasillo.

El sábado a Roberto lo atropelló una motocicleta al cruzar pedo la vía Morelos, y se pasó las siguientes tres semanas en la clínica 28 del Seguro, atendido por enfermeras desganas, con una pata colgando de un artificio mecánico y dos compañeros de cuarto que estaban más para tirarlos a la basura que para curarlos.

Por eso, cuando regresó cojeando a la empresa un lunes a mediados de abril, las paredes embadurnadas de todo el rumbo lo desconcertaron.

*La araña* estaba presente en ellas, pero no con la discreción y sutileza acostumbradas, sino agresiva, gritona. A dos cuadras de la fábrica estaba pintada una arañota de metro y medio con letrero al lado en que llamaba a la huelga.

En la entrada de la fábrica había una patrulla del Barapem, con dos policías güevoneando y cuando entró el primer turno, eran menos de la mitad de los de costumbre, entre ellos un montón de caras nuevas.

Se acercó al capataz para preguntarle dónde lo iba a poner hoy, y su casi padrino, el señor Luna, le dijo de entrada:

—Perdóneme ahijado porque casi dudé de usted...

Pero ya los acabamos, ya los corrimos a esos cabrones, porque se descararon, por hacer un paro, y eso es de fuera de la ley, y los corrimos a todos, a todos, a los ciento cincuenta que pararon, por pendejos...

Y así se fue hablando el señor Luna sin terminar de contarle nada, pero él supo que *la araña* había sido derrotada en La Tlalpeña.

El martes hubo un mitin fuera de la fábrica y durante dos meses, se sucedieron las pintadas y las volanteadas a la hora de la salida, luego, todo se fue apagando, hasta que a principios de junio, la empresa contrató a un grupo de pintores y las bardas del exterior volvieron a ser blancas.

Días después, Roberto, que siempre había sido lento pero seguro, como los caballos de su pueblo, compró en la papelería *La Esmeralda*, un plumón negro de 18 pesos, se lo escondió al lado del pito, y calentito el plumón llegó con

---

Leer en libertad en la Cuauhtémoc  
él a la fábrica el lunes. A la primera oportunidad, se escapó  
al baño, y contempló las paredes blancas pero sucias. Diez  
minutos después con el pretexto de que estaba enfermo  
volvió al baño, allí, con una letra no muy lucida y tras haber  
escogido la pared más grande, pintó:

Macías y Luna y todos los del patrón  
son ojetes  
La araña

Contempló orgulloso su obra, y luego tiró el plumón  
por la ventana del baño que daba a uno de los almacenes de  
encurtidos. “A lo mejor, se va en una lata de chiles”, pensó.

Salía muy orgulloso, cuando los ojos se quedaron  
prendidos a una pintada chiquita al lado de los meaderos  
que hacía diez minutos no estaba allí. Miró hacia todos la-  
dos tratando de encontrar al autor, pero se encontraba solo  
en el baño.

La pinta decía:

Las horas extras se pagan doble  
La araña

## EL REGRESO DE LA VERDADERA ARAÑA

Antonio volvió a centrarse, tras seis meses de andar rolando como si tuviera que llegar a cualquier sitio, quemándose la indemnización y los recuerdos, conociendo a una enfermera de Toluca y persiguiéndola por la mitad del Estado de México, bebiendo todas las cervezas que había en Amecameca para después mearlas entre sollozos. Por ahí supo que el grupo se había desperdigado, se había escondido por la ciudad grande y perdediza; supo por ahí que *la araña* había vuelto a las andadas en otras fábricas, pero ni siquiera conoció bien a bien los destinos de estas nuevas arañas copionas.

Otros meses después, tres fábricas más tarde, decidió que ya se había aburrido de vivir en la derrota y que tocaba volver a jugársela. Durante varias semanas peló los ojos y observó. Las orejas se le elevaron como antenas. Reconoció injusticias, amigos, enemigos, posibles traidores y puntos de conflicto. Y entonces, decidió que la verdadera araña, volvería a la carga.

Trabajaba en una fábrica de partes eléctricas por el rumbo de Naucalpan, cuando un viernes se descolgó hasta el local sindical donde había visto por última vez al Gran Jefe Tuerto (GJT). No lo encontró allí y tampoco le dieron mayor razón, fuera por desconfiados o porque no sabían. Durante un mes lo fue buscando por los lugares que había conocido en la época dorada de la lucha de *la araña*: locales sindicales, parques, una casa en la colonia Roma en la

---

Leer en libertad en la Cuauhtémoc que una vez se había reunido entre los libros del GJT y que ahora estaba desocupada. Probó con un teléfono donde a veces le hablaba a Arturo, otro compa amigo del GJT; pero le dijeron que Arturo se había ido a Puebla y para siempre, a trabajar en una relojería. Dejó recados por ahí, sueltos mensajes telepáticos prendidos de los árboles, y cuando estaba a punto de rendirse y arrancarse solo, el GJT apareció. Como si no hubiera desaparecido nunca, ahí parado en la puerta de la pensión en la que Antonio vivía, con una Coca familiar debajo del brazo.

—Qué, ¿me andabas buscando?

—Pásale, mi hermano, llevo un mes buscándote, y ahora te apareces aquí como si nada —dijo Antonio brincando alternadamente sobre los pies descalzos.

—No te hagas el loco, después de la lucha de La Tlalpeña, el que se desapareció fuiste tú.

—No fue desaparición, puto, fueron vacaciones —dijo Antonio, y movió su mole de la puerta para dejar entrar en su desmadrado cuarto al enviado de la lucha de clases.

El GJT pasó por entre las camisas sucias tiradas en el suelo, los pisoteados restos del *Esto* y la segunda de *Ovaciones*, los platos de cartón roñosos, y se dejó caer en la cama, como si estuviera en casa.

Ésa era su virtud, su mayor virtud. Parecía que casi siempre estaba en el hogar.

—De perdida quítate los tenis —dijo Antonio muy serio.

—Sí, carajo, no vaya a manchar las sábanas —contestó el Gran Jefe Tuerto manipulando la Coca con un llavero, hasta que la corcholata voló violentamente por el aire y cayó sobre un buró en que adecuadamente se mezclaban condones y mejorales.



Antonio avanzó hasta el clóset para buscar dos vasos, y se detuvo ante el tocadiscos nuevo, un maquinón Garrard con bafles Ramsom, que le había costado el último pedazo de la liquidación. Puso un disco de Santana, subió los volúmenes para que las bocinas explotaran, despedazaran el aire de la habitación rompiendo la barrera del sonido. El GJT se cimbró sobre la cama.

—Suenan de pelos, ¿no?

—¡¿Qué?!

—¡¡Que suenan de pelos!! —gritó Antonio y luego una sonrisa enorme, que casi le rompió la cara por la mitad.

Los tambores, la tumba, la guitarra eléctrica que se afilaba acuchillando las percusiones. Ésa era la vida, que la música llegara no por fuera de uno, sino que se metiera dentro, lo agarrara y lo aventara de un lado a otro, lo alcanzara como una patada en los güevos, lo enamorara a lo cabrón. La música tenía que ser algo que entraba por una oreja y le volaba a uno los sesos antes de salir por la otra.

Casi flotando, Antonio se acercó a la cama y le dio a GJT los vasos. Éste, muy ceremonioso los llenó de Coca hasta el borde. Luego entregó uno a Antonio y se bebió el otro de un solo trago.

—¿Estás listo?

—¿Qué? —preguntó Antonio gritando, aunque la primera pieza había terminado y no había que romperse el gañote para entenderse.

—Listo para regresar, que si estás listo.

—Estoy listo, ¿para qué crees que te andaba buscando?

—Para que te contara lo que pasó. Hay algunos compas que les gusta que un año después les cuenten lo que pasó. Como si no se lo acabaran de creer como si tu-

---

Leer en libertad en la Cuauhtémoc  
viera que llegar uno con el rollo a cuestras para que las cosas  
fueran de verdad —dijo el GJT encendiendo un Delicado  
con filtro.

Santana volvió a la carga. Marcando al principio el  
ritmo con tres acordes, antes de que entrara la batería di-  
bujando una primera melodía.

—“Amigos”.

—¿Qué?

—Se llama “Amigos” el disco.

—Sí, “Amigos”. Yo lo tengo también.

Y ahí se acabó la conversación por seis minutos,  
porque voces y guitarra eléctrica apagaron todo.

No eran iguales él y el GJT, pero tampoco eran di-  
ferentes. Eran muy diferentes y muy iguales. Pero podían  
estar en el mismo cuarto oyendo a Santana a todo volu-  
men sin pedos, y cuando llegaba la hora, aguantaban. No  
aguantaban todo, pero aguantaban bastante.

—¿Nos lo vamos a echar todo? —preguntó el GJT.

—Espera, ésta es la mejor.

Y entonces, la guitarra solitaria y vibradora, apuntó  
la melodía de “Europa”, con un acompasamiento de batería  
que no estorbaba, que sólo ponía la alfombra para que la  
guitarra caminara.

Antonio se hundió en el tema, cabeceando las afir-  
maciones de la guitarra, sus fraseos volátiles. El GJT en-  
cendió otro tabaco y se puso a mirar por la ventana: ba-  
rrios industriales despedazados, árboles leprosos, paredes  
descascaradas; coches herrumbrados a los que les habían  
volado asientos, llantas, tapicería, parabrisas.

“El paisaje del campo de batalla”, pensó y recor-  
dó un poema de Ángel González al que le tenía particular

aprecio: “Aquí no pasa nada,/ salvo el tiempo:/irrepetible/  
música que resuena,/ ya extinguida,/ en un corazón hueco,  
abandonado,/ que alguien toma un momento,/ escucha/ y  
tira”. Pensó en decírselo a Antonio, pero luego desechó la  
idea. El reencuentro se iba prolongando demasiado.

Antonio también se había ido al rincón de los re-  
cuerdos. Santana lo había empujado hasta una tarde en un  
hotel de paso, cuando su enfermera se quitaba las medias  
blancas deslizándolas poco a poco.

Al terminar la pieza se puso de pie y levantó la aguja  
antes de que se iniciara la siguiente canción. El silencio que  
se creó les atronó los oídos acostumbrados al retumbar de  
la música.

—Con esa chingadera, se pueden hacer unas fies-  
tas. . . —dijo Antonio.

—Para eso me andabas buscando, para una fies-  
ta. . . —contestó el GJT.

Antonio se rió.

Era grande, muy moreno, con el pelo demasiado cor-  
to. Usaba camisetas una talla más chica de la que le tocaba  
para que los músculos hicieran ruido. Parecía un oso, pero  
no era ningún pendejo.

—Tú a la última fiesta a la que fuiste, fue a la de tus  
quince años.

—¿Cómo es la fábrica? —preguntó el GJT. —¿Cuál fabri-  
ca? —dijo Antonio prolongando la risa.

—En la que nos van a dar en la madre esta vez.

—O, pues... Llegas, te apareces de repente, y ya. La  
fábrica, los madrazos... Hay que hacerse tiempo para todo,  
¿o no?

—Ya vas —dijo el GJT y volvió a hundir su mirada en la ventana. Antonio tenía razón. Era su fábrica, a él le tocaba contarla, como y cuando quisiera. A él era al que iban a derrotar, perseguir, amedrentar, madrear quizá. No... Eso, a lo mejor a los dos.

—Es una fábrica de partes electrónicas.

—¿Por qué rumbo?

—Aquí, en Naucalpan.

—Cuéntele pues —dijo el GJT— mirando fijamente a Antonio con el ojo sano mientras que al puro instinto se llenaba el vaso de Coca de nuevo.

—Tres turnos, un chingo de trabajo, buenas máquinas. Hace maquila para empresas grandes, pero debe de tener buenas conexiones el dueño porque nunca falta la chamba. Somos como 150, 120 a mitas en el primero y segundo turno, unos quince en el tercero y los demás mixtos en servicios generales. Al patrón no lo he visto. Todo lo manejan entre dos inges, que tienen más o menos el mismo puesto: gerentes de producción, jefes de producción. El patrón dicen que es un gringo. Yo la verdad, si tiene pelos güeros en el culo, no se los he visto.

—¿Y los pedos?

—Todos, ahí no pasó nunca nada. Puro pinche cementerio.

—¿El siglo XIX?

—Tú que estuviste ahí, sabrás —dijo Antonio sonriendo.

Se quedaron callados. El GJT le sacaba cuatro años al Antonio. Suficientes para permitirle esas bromas, no más. Se habían conocido en el CCH Naucalpan, Antonio estudiaba en segundo año en el turno vespertino y en la mañana trabajaba en una fábrica de chiles. El GJT estaba a punto de

conseguir chamba de profesor en la Universidad y mientras pegaba, daba clases por horas en el CCH. Letras, letras españolas, muchas letras, abecedarios enteros. El primero que se fijó en el otro, se fijó verdaderamente, más allá de la rutina profe- alumno, fue el GJT, que por cierto entonces aún no era tuerto. Descubrió la sonrisa bonachona del alumno fornido de la primera fila cuando les preguntó las preguntas de Brecht: ¿A dónde fueron la noche/ en que se terminó la gran muralla, sus albañiles?/ César venció a los galos/ ¿no llevaba siquiera un cocinero?

A la salida, Antonio se acercó al que sería el GJT y le dijo:

—Profe, usted como que sabe, pero como que no sabe. Yo sí sé, porque trabajo en una fábrica.

En favor de aquel Antonio había que decir que nunca se rendía, que jamás agachaba la cabeza ante la voz de mando o el sobre de la raya. El GJT en aquella época tenía sueños solitarios de revolución mundial, y sabía que la terquedad es la virtud. El movimiento de 68 lo había lanzado a la política como un acto moral, y las derrotas no lo habían convencido de lo contrario.

Un mes después, Antonio se la cantó derecho.

—Voy a tratar de armar un sindicato en la fábrica en la que estoy, ¿jala profe?

—Nomás faltaba, ¿qué hay que hacer?

—Sepa. Yo le cuento, usted me cuenta y vamos viendo.

Así empezó la relación que los tuvo unidos como siameses durante los seis meses que duró la lucha de la fábrica de chiles. Antonio movía, organizaba, planeaba, el GJT inventó la campaña de los anónimos firmados por *la araña*, estudió la Ley Federal del Trabajo, dio la cobertura externa, el punto de vista exterior, el contacto con abogados democráti-

---

Leer en libertad en la Cuauhtémoc  
cos y sindicalistas, la presencia escénica de los que- aunque-  
hablan- bonito- son- de- los- nuestros. Durante el conflicto  
el GJ se añadió la T de tuerto, resultado de un golpe con un  
periódico en el ojo izquierdo que le dio uno de los judiciales  
del Estado de México, claro que dentro del periódico había  
una varilla corrugada. Antonio dirigió desde adentro, y des-  
de afuera después del despido, puso la cara, los güevos...

—Nos vamos a meter en otra —dijo el GJT de repen-  
te, ahora, un año y medio después de la lucha de la fábrica  
de chiles.

—Así es, mi buen —contestó Antonio.

Ahora le tocó a Antonio ver por la ventana. Pero veía  
sin ver. Estaba pensando en su profe, y en las que se ve-  
nían.

—Usted y yo, tú y yo, somos iguales pero diferentes,  
¿sabes lo que te digo?

—A huevo —respondió el GJT. —Usted es claseo-  
brera hasta las botas, yo clasemedio hasta el sobaco de la  
Colonia Roma. Usted lee el *Ovaciones*, yo el *Unomásuno*.  
A usted le gustan las viejas muslonas, a mí me gusta Jane  
Fonda. —No, a mí también, ahí la cagó, profe.

—Bueno, a mí las muslonas también. Somos dife-  
rentes por cultura y cuna como diría Dumas, el de *Los tres  
mosqueteros*. Eso es. Y somos iguales porque a la hora de la  
verdad al pinche Estado mexicano le vale pito si uno nació  
en la Condesa y otro en la sierra de Puebla.

—Lo que pasa, profe, es que ya le encontré la clave.  
Si usted no trata de ser como yo, y yo no trato de ser como  
usted, ahora sí la hacemos.

El GJT se quedó pensando. Por ahí iba el asunto,  
tenía razón Antonio.

—Nomás tengo un pedo, Antonio, ¿la raza de ahí quiere luchar? porque lo que no me late nada es que usted y yo nos metamos a redentores.

—Están puestos. A lo mejor algunos no saben, pero cuando sepan quieren.

—¿Por dónde se empieza?

—Por donde se quiera. Todo está patas arriba. No se pagan salarios mínimos, no hay seguro para la mitad de los compañeros, te tienen de eventual tres meses y luego te despiden dos días para poderte recontractar de eventual, a las mujeres les pagan menos que a los hombres, la raza no sabe que hay sindicato, pero hay uno de protección...

—¿Cómo sabes?

—Porque vi a Souza de la CTC conferenciando con el patrón. Lo vi ya dos veces, cerca del fin de mes, viene a cobrar la protección.

—CTC, puta madre, esos son gangsters.

—Tengo dos compas más de confianza y una chava del tercer turno. Vamos a tener que reunirnos los domingos.

—¿Tienes una idea de cómo empezar?

Antonio asintió.

—Vamos a sacar unos volantes como los de la otra vez, firmados de nuevo por *la araña*. Poquitos volantes, 50 cuando mucho, diciendo como está el salario mínimo...

—Otra vez la araña.

—La araña está de regreso —dijo Antonio sonriendo y se acercó a la cama donde estaba tirado el GJT, quien estiró la mano para que se la estrecharan muy ceremoniosamente.





## PREGUNTAS DE UN OBRERO QUE LEE

BERTOLT BRECHT

¿Quién construyó Tebas, la de las Siete Puertas?

En los libros aparecen los nombres de los reyes.

¿Arrastraron los reyes los bloques de piedra?

Y Babilonia, destruida tantas veces, ¿quién la volvió siempre a construir?

¿En qué casas de la dorada Lima vivían los constructores?

¿A dónde fueron los albañiles la noche en que fue terminada la Muralla China?

La gran Roma está llena de arcos de triunfo.

¿Quién los erigió?

¿Sobre quiénes triunfaron los Césares?

Es que Bizancio, la tan cantada, sólo tenía palacios para sus habitantes?

Hasta en la legendaria Atlántida, la noche en que el mar se la tragaba, los que se hundían gritaban llamando a sus esclavos.

El joven Alejandro conquistó la India.

¿Él solo?

César derrotó a los galos.

¿No llevaba siquiera cocinero?

Felipe de España lloró cuando su flota fue hundida.

¿No lloró nadie más?

Federico II venció en la Guerra de los Siete Años

¿Quién venció además de él?

Cada página una victoria.

¿Quién cocinó el banquete de la victoria?

Cada diez años un gran hombre.

¿Quién pagó los gastos?

Tantas historias.

Tantas preguntas.

## FRASES DE BERTOLT BRECHT

“Hay hombres que luchan un día y son buenos. Hay otros que luchan un año y son mejores. Hay quienes luchan muchos años, y son muy buenos. Pero hay los que luchan toda la vida, esos son los imprescindibles.”

“Muchos jueces son incorruptibles, nadie puede inducirlos a hacer justicia.”

“Cuando el delito se multiplica, nadie quiere verlo.”

“Desgraciado el país que necesita héroes.”

“Cuando la verdad sea demasiado débil para defenderse tendrá que pasar al ataque.”

## ELLOS VINIERON

Martín Niemöller  
Famoso poema achacado  
erróneamente a Bertolt Brecht

Primero vinieron a buscar a los comunistas  
y no dije nada porque yo no era comunista.

Luego vinieron por los judíos  
y no dije nada porque yo no era judío.

Luego vinieron por los sindicalistas  
y no dije nada porque yo no era sindicalista.

Luego vinieron por los católicos  
y no dije nada porque yo era protestante.

Luego vinieron por mí pero, para entonces,  
ya no quedaba nadie que dijera nada.



## EL ESCUADRÓN DE LOS TAXISTAS KAMIKAZE

ARMANDO VEGA-GIL

—¡No te subas ahí! —me gritó la Nati en un arrebato místico—, ¡ese minitaxi es un ataúd con llantas!

Natividad Tungusca leía el futuro en los asientos de tu exprés turco cortado en un regacho café-tarot de la colonia Escandón. «De día pongo sellos en una oficina de Correos —me había dicho sonriendo con sus incisivos destellantes por la gracia de un par de incrustaciones de oro en forma de estrella de cinco puntas—; pero al caer el sol me vuelvo pitonisa... Y no pongas esa cara, ¡animal! Pitonisa es una sacerdotisa especializada en adivinar el porvenir, no una sexo servidora de La Merced.»

Nati y yo salíamos esa medianoche de un tremendo reventón donde servían cubas tibias hechas con un ron chafa capaz de matar borregos.

—Yo mejor me quedo —me aclaró enamorada—, ahí en la fiesta hay un prieto al que le quiero leer el iris, las palmas de los pies y las manchas de sus calzones y...

¡Fuiiiit!, la interrumpí pegando un chiflidote arriero a un minitaxi que cruzaba por ahí cual alma en pena. Natividad me advirtió que no lo abordara, pero yo estaba harto y quería irme a mi camita a echar la güeva.

Dentro del ataúd con llantas me di cuenta de mi error: la máquina verde-ecologista bufaba como panza con gastritis; del asiento del pasajero se asomaban resortes herumbrosos, y el piso estaba tan picado que bien podíamos meter freno con la suela de los zapatos al estilo Picapietra. No traía su tarjetón con foto ni taxímetro, a más de que el finísimo y marrano chofer tenía el cabello sebudo, peinado estilo almohadazo, y la playera agujerada.

—¿Adonde, ca? —me preguntó con un aliento que acabó de ponerme hasta atrás. ¿Palenque con Morena? ¡Chale, mai!

En lo que trataba de explicarle que aquello no era albur sino un entronque en la Nararte, el chafirete metíale la chancla a fondo al Vocho que, a pesar de que sus pútridos amortiguadores se me encajaban en el riñón, volaba a más de cien por hora. ¡Fum! ¡Fumm! ¡Fúmmmgatelas!, zumbaban los postes, mientras agarraba las curvas con rechinidos de llanta con huarache. Al verme agarrado a veinte uñas del respaldo, el taxista me contó su verdadera vocación:

—No te saques de onda, padrino. Al contrario, ponte chido —me dijo al invitarme un jalón de cigarro ilegal. ¿Has oído hablar del escuadrón de taxistas kamikaze?

La sangre se me bajó a los talones. El tal escuadrón era un grupo de taxistas que salían por las noches a recoger pasaje y someterlo al estímulo del adrenalinazo. Apagaban las luces, aceleraban a más no poder y, sin voltear ni frenar tantito, cruzaban a ciegas las grandes avenidas que se

abrían a su paso con los semáforos parpadeando en preventiva. Lo único que los podía detener eran un superchoquemadrazazazo... o la dirección del pasajero.

—Sí —le contesté fingiendo calma—, pero no existe, ¿verdad? Es una leyenda urbana.

—¿De veras? —me respondió justo cuando apagó sus luces rumbo al Eje Central.

El icuiricui comenzó a gemir al grito de Banzaiiii, y yo a mojar mis pantalones, cuando de pronto, ¡caj, caj!, la máquina tosió, pegó un reparo y se paró en seco.

—¡Uta! —respingó el chof—, a buena hora me pinche fallas.

Salté del taxi.

Detrás de mí escuché una mentada, pero no me detuve sino hasta llegar a una esquinita donde me escondí tras un montón de basura harto jedionda. A lo lejos escuché arrancar de nuevo al minitaxi que fue a perderse en la oscuridad bajo el estruendo de sus punterías descalibradas.

Decidí irme a casa a pata. Al llegar a la esquina de Xola y Vértiz, vi un choque espantoso: un Focus embarrado contra una tiendita Oxxo veinticuatro horas y un minitaxi patas parriba, todavía con las llantitas girando. Mi primera reacción fue ir a ayudar a los heridos, pero al ver el taxi, preferí no comprobar si el chofer era el ruletero seboso que había estado a punto de matarme. Llamé a una ambulancia que llegó media hora tarde —los sábados por la noche hay harta chamba— y me fui a mi casa con la duda de si el escuadrón de taxistas kamikaze existía o no.

De ahora en adelante no tomo taxis de noche a menos que mi cuata, Natis, la pitonisa, les dé el visto bueno.





## EL ESPÍA POLICIAL

HOWARD FAST

Ésta es la historia de un espía policial que se convirtió en algo más que un espía policial, y que se llamaba Bondar Shar. Era un hombre joven, aunque nadie lo hubiera creído al verle los surcos bajo los ojos y los pesares grabados en la frente. No se debía esto únicamente al hecho de que tuviera una mujer enferma y cinco niños que nunca tenían bastante de comer, sino también al hecho de que fuera el espía especial de Widee Shimer.

Widee Shimer era Organizador de Distrito del Partido Comunista de la India, en la zona central del Noroeste; esto quería decir que su territorio se extendía desde el Sind en el Oeste hasta Punjab en el Noroeste, y desde el Tíbet hasta Nepal. En realidad un reino, un imperio, como dirían algunos; pero, como un organizador del Partido Comunista en la India no es un rey ni un emperador, Bondar Shar debía pensar con frecuencia que la zona central era, sencillamente, una abominación.

En toda esta área inmensa, Widee Shimer no poseía un automóvil; no poseía siquiera una tonga o sea un carro de bueyes; contaba únicamente con sus dos pies y, ocasionalmente, con un viaje en tren si debía recorrer una larga distancia, como cien o doscientas millas.

Generalmente caminaba. Shimer era pequeño, moreno y flaco, y la piel de la planta de sus pies estaba más curtida que el cuero. Cuando iba de un lugar a otro se movía con una especie de trotecito, con el cual hacía seis millas por hora aun en el calor del verano, cuando el termómetro se eleva a cuarenta y dos grados y a veces llega hasta cuarenta y cinco. Se lanzaba por los caminos polvorientos con un animado “buenos días” a todos, a los boyeros que dejaba detrás, como si estuvieran quietos, a los cocheros de tonga, que parecían moverse un poquito, a los trabajadores de los campos, a los aguateros, a los gordos sacerdotes, a los niños enclenques y a las muchachas que le sonreían tímida y suavemente.

A su zaga iba Bondar Shar, el espía de la policía, que juraba o mascullaba, o gruñía, y que a veces llegaba a llorar de cansancio y de rabia. Se dice que en otros países, donde los dirigentes son ricos y poderosos y les sobra el dinero, los espías sólo trabajan ocho horas al día, y los delatores e informantes aún menos. Tal vez sea cierto, pero en la India un espía que trabaja para la policía tiene horarios de veinticuatro horas. La regla es: un espía por cada comunista. El mismo jefe de policía dictó la ley.

—Después de todo —dijo—, el Imperio no es lo que era. Si un rojo puede arreglárselas, me parece que un espía no tiene razones para quedarse corto.

Así fue que Bondar Shar no se quedó corto, y a veces sollozaba de furia por la vida que llevaba, y el oficio que había elegido. A veces, desesperado, cuando Widee Shimer emprendía uno de sus viajes, Bondar Shar alquilaba una tonga, pero el cochero de la tonga tenía que dar de latigazos al caballito para no quedarse atrás, y tarde o temprano esto terminaba en un incidente entre Bondar Shar y el cochero. Muchas veces se pasaba de las injurias a los golpes, y Bondar Shar se encontraba en el centro de un tumulto, mientras Widee Shimer se alejaba alegremente a paso presto.

Eran razones suficientes para deprimir a un hombre más duro que Bondar Shar. Cada mañana tenía que levantarse antes de la salida del sol. Con los miembros entorpecidos y fatigados se arrastraba por las callejuelas de la Vieja Delhi hasta un lugar que estaba detrás de un bazar ambulante, donde Widee Shimer echaba su manta y dormía, dormía pero no vivía. Bondar Shar decía a su mujer con voz quejosa:

—El maldito tipo vive en mil lugares a la vez.

Y Bondar Shar tenía que empezar el día temprano, pues ya a las cinco de la mañana Shimer estaba en camino a la sede del Partido, donde flameaba la bandera roja, o yendo al campo para asistir a una reunión de campesinos, o en dirección a los galpones de imprenta en la vieja Delhi.

Se tocaban los límites de la resistencia humana, y aunque algunos digan otra cosa, un espía es un ser humano. Las cosas llegaron al punto en que Bondar Shar tuvo que actuar, y durante días meditó sobre los diversos métodos a seguir. En la vieja Delhi había algunos, hombres malos que hacían cosas si se les pagaba, pero Bondar Shar no

---

Leer en libertad en la Cuauhtémoc estaba seguro de que consintieran en matar a un dirigente comunista, y en el caso de que aceptaran, ¿dónde iba a encontrar el dinero? Un asesinato no es un paseo en tonga: apenas podría arreglarse la cosa con veinte rupias, y si se llegaba a saber, acaso al gobierno no le gustaría. Es verdad que en el Punjab, cuando el gobierno se cansaba de un dirigente comunista, le hacía quebrar las dos piernas y atar a una camilla a fin de que los huesos se soldaran en forma caprichosa, de tal modo que siempre que uno veía a un Sij barbudo, que andaba como un pato, uno ya se daba cuenta de qué clase de persona era.

Y también era cierto que en Bengala arrancaban las uñas de los dirigentes comunistas y de cuando en cuando les cortaban los pulgares. Pero en este momento el partido era legal en la zona central, y podía pasar un mes, o tal vez un año, antes de que lo declararan de nuevo ilegal. Y como no era ni yogi ni fakir, la idea de que tendría que seguir en este tren por un mes, o tal vez por un año más, casi lo enloquecía de desesperación. ¿Cuántas veces no se dijo a sí mismo: “Qué hombre es más desdichado que yo?”.

Después de reflexionar y de desechar esta solución, llegó finalmente a decidirse por la única viable. Una vez decidido, quedó tranquilo y no dijo nada ni a su mujer ni a sus amigos, y al día siguiente procedió.

Aún no había amanecido aquel día cuando Widee Shimer salió al trote del lugar que estaba detrás del bazar, deteniéndose sólo un instante para saludar al espía con una inclinación de cabeza. Pero esa mañana Bondar Shar no esperó a que Shimer hubiera alcanzado los treinta pasos establecidos para seguirlo, sino que extendió el brazo y asió la manga de la camisa de algodón de Shimer, diciéndole:

—Detente. Espera un momento.

Un momento, un momento, —pensó Shimer—, preguntándose si no se habría decidido la noche anterior que el Partido iba a ser suprimido, y qué posibilidades tenía de dejar a Bondar Shar fuera de combate y atarlo con las cintas de su dhoti. Pero Bondar Shar se había forzado a sonreír con una amabilidad que ningún espía se habría permitido en el momento de hacer un arresto.

—Me pareció que podíamos hablar —dijo Bondar Shar rápidamente.

Aquí estamos los dos, de aquí para allá y siempre juntos, y nunca cambiamos una palabra.

Era verdad y Shimer se vio forzado a reconocerlo. En general él saludaba con una inclinación de cabeza y sonreía, pero nunca habían cambiado una palabra.

—Un espía es un espía —dijo, eligiendo las palabras cuidadosamente y reprimiendo todo deseo de usar palabras más fuertes.

—Un espía es un ser humano —contestó Bondar Shar.

—Es cierto.

Shimer no iba a ir más lejos, pero miró al otro hombre, y trató de adivinar su casta, probablemente brahmin, su edad, que no podía ser más de treinta, y su aspecto, que no era malo: piel oscura, ojos castaños claros y buenos rasgos, pero patéticamente flaco, tan flaco como el mismo Shimer, y en esta hambrienta tierra hay un vínculo entre todos los flacos.

—Humano —repitió Bondar Shar. ¿Cuántas veces he asistido a tus reuniones, te he oído hablar y dirigir discusiones, escurriéndome entre paredes, arrastrándome por los techos y colgándome de las ventanas? ¿Cuántas veces?

—Muchas, sin duda —dijo Shimer— pero ya es tarde.

Tengo una conferencia importante a las seis. Si caminas conmigo...

—Y si voy atrás respetando los treinta pasos prescritos, vamos a tener que gritarnos. Por otra parte, si me ven hablando contigo...

—A esta hora sólo nos pueden ver los culis —dijo Shimer encogiéndose de hombros. Y, ¿a quién se lo van a contar?

Bondar Shar asintió resignado y se puso a andar al lado de Shimer.

—No creas que escucho sin oír —dijo petulantemente, frotándose los ojos soñolientos. Habláis de las masas y del pueblo. Habláis de los trabajadores y de los que no tienen bastante qué comer. Habláis de cómo hay que ayudar al pueblo, conocer al pueblo, acercaros a él.

Habláis de una vida mejor para el pueblo. ¡Cuántas veces he oído esto y he escrito en mi informe: “Widee Shimer asegura a los trabajadores del algodón que pueden obtener una vida mejor”!

—Estoy seguro que muchas veces —reconoció Shimer.

—Y ¿qué hay de mí? —preguntó Bondar Shar. ¿No soy humano?

—Eres un espía que trabaja para la policía, pero también un espía es humano.

—Es cierto. Pero permíteme que te diga, Widee Shimer, que la vida que vivo no es vida para un ser humano: es una vida de perro. Saldría beneficiado si me cambiara por el más pobre de los culis. Tengo que estar aquí antes del amanecer, cuando te despiertas. Ir a una aldea y volver a la

ciudad. Hay una, dos, tres reuniones, una tras otra. Una comisión preparatoria en que tú hablas tan bajo que me veo obligado a inventar los informes. Una demostración popular, una huelga, y Dios sabe si mi cabeza no está entonces en tanto peligro como la tuya. De vuelta a las aldeas. De vuelta a Nueva Delhi, luego a la vieja Delhi. ¿Sabes cuántos kilómetros por día me haces caminar?

—Muchos, supongo —dijo Shimer un poco incómodo.

—Treinta, cuarenta, cincuenta kilómetros por día. Sí, la semana pasada por ejemplo, caminé cincuenta kilómetros en un día. Y después las reuniones y las conferencias hasta muy entrada la noche, hasta la una y las dos de la mañana. ¿Puedo ver a mis hijos? ¿Puedo oír una palabra de consuelo de mi mujer? Mejor estar muerto que ser espía en este maldito lugar. Pero, ¿qué otra cosa sé hacer? Durante dos años estudié para pasar los exámenes de la policía. Soy un empleado público, pero preferiría ser aguatero.

El rápido paso de Shimer se hizo más lento. Sus ojos pequeños y brillantes se angostaron, y torció la cabeza.

—Serías más feliz si fueras aguatero. No se me había ocurrido. Primero me dices que eres humano, y luego que eres desgraciado. Pero eres brahmin, y no puedes ser aguatero. ¿Sabes cocinar?

—Peor que un inglés —contestó Bondar Shar avergonzado.

—Es una vergüenza. Siempre pienso que, en el peor de los casos, un brahmin puede cocinar. Dime, ¿cuánto te pagan por ser espía?

—Treinta rupias mensuales —dijo Bondar Shar. Widdie Shimer se paró y silbó suavemente.

—¡Treinta rupias mensuales! Mira: yo soy un dirigente comunista, soltero, que no necesita más que un plato de arroz y una manta. El dinero que me pagan proviene de las manos de los obreros y los campesinos, pero me dan treinta y cinco rupias por mes. ¿Cómo puedes vivir con treinta rupias mensuales?

—No puedo —reconoció Bondar Shar. Siete bocas que alimentar, y ¿cuándo comemos lo suficiente? Cuando los niños se enferman, no podemos llamar al médico. Nunca han probado un dulce. Mi mujer tiene que llevar el mismo sari durante cuatro años. En el invierno tiritamos porque no podemos comprar carbón. En el verano nos sofocamos. Si fuera espía de prostitutas, podría ganarme una rupia aquí, otra allá. Si fuera espía de los acaparadores de cereales, mi estómago nunca estaría vacío, ni tampoco el de mis hijos. Pero ser espía de los comunistas... ¡La muerte sería mejor! ¡Te lo juro! mejor estar muerto.

—La muerte no es nunca mejor —dijo Shimer suavemente. Te diré una cosa: no hay remedios rápidos para estos cánceres sociales, como son los espionajes policiales. Pero podemos mejorar un poco las cosas. Podemos hacer que veas a tu familia de cuando en cuando, que descanses un poco. A esta altura, ya sabes más o menos lo que ocurre en nuestras reuniones. Cuando yo tenga una reunión, no es necesario que me acompañes. Te veré después y te daré un informe completo. Y cuando haya una reunión por la noche, podrás irte a tu casa. Al día siguiente te ayudaré a redactar el informe.

Vacilante al principio, Bondar Shar terminó por aceptar las propuestas de Shimer. Fue a su casa, oyó los re-



proches de su mujer y jugó dos horas con los niños. Especialmente con Santha, la menor, que parecía una muñequita esculpida en marfil viejo. Así pasó ese día y muchos otros, y la vida se volvió más tolerable. Y a pesar de sí mismo, a pesar del hecho de que sabía que era incorrecto, que no iba a llevar a nada bueno, empezó a sentir cierto afecto por Widee Shimer. Como súbdito del Estado, como empleado público y oficial de la Corona, sabía que el sólo pensar estas cosas era franca traición.

Había una lista de infracciones, una escala del crimen, por así decirlo. Un ratero era peor que un traficante de arroz, un tratante de blancas era peor que una prostituta, y un asesino, por supuesto, era el peor de todos; pero los asesinos y los tratantes de blancas no tenían espías pegados a los talones, como los comunistas. En verdad, Bondar Shar estaba suficientemente convencido de que albergar un pensamiento amistoso hacia un comunista era equiparable a un crimen. Trató de recordar esto cuando Widee Shimer le preguntó unos días más tarde:

—¿Es cierto, Bondar Shar, que a todos los espías policiales se les paga tan mal como a ti?

—Peor, yo soy un espía superior. Un aprendiz de espía policial gana veinte rupias al mes. Naturalmente, no está obligado a seguir a una persona como tú.

—Naturalmente. En una palabra, te explotan tanto como a los obreros... y no tienes recursos.

—¿Qué quieres decir?

—Que no puedes organizarte.

—¿Organizar qué?

—Un sindicato. Deja que te explique...

Los conductores de tonga tienen un sindicato y también lo tienen los trabajadores del algodón, los aguateros, los changadores y hasta los barrenderos. En la huelga de los algodoneros ganamos para ellos un aumento. Hemos llegado a convencer a los campesinos de la necesidad de tener una organización. ¿Sabes que en Estados Unidos un espía trabaja ocho horas al día y ni un minuto más? ¿Con qué sueldo? —preguntó Bondar Shar astutamente.

—Por mil doscientas o mil cuatrocientas rupias mensuales —contestó Shimer encogiéndose de hombros. Personalmente, no tengo mucho interés en el asunto. Nosotros no trabajamos para favorecer a los espías de la policía, trabajamos para el pueblo...

Siguió hablando y Bondar Shar escuchaba.

Escuchó durante una hora y al cabo de ella dijo a Shimer:

—Si yo reuniera a unos cuantos espías más, unos seis o siete, amigos personales, ya me entiendes... ¿podrías hablarles?

—Supongo que sí —contestó Shimer.

Después, pensando en la propuesta, se preguntó qué podría decirles y qué sentido tendría esto y dijo a Bose, el director del Diario del distrito:

—¿Qué puede esperarse de un hombre que trabaja para la policía?

—La esperanza de que se muera —contestó Bose, que era un hombre de buen humor.

—Sin embargo, un espía es un ser humano.

La muchachita que corregía pruebas —tres de sus hermanos habían muerto en la plaga de hambre y otro en una cárcel inglesa— observó:

—Es un problema de fondo y forma, mi querido Shimer. La forma es humana, pero el fondo es pura mugre.

—Soy un hombre compasivo —dijo Bose reflexivamente. Pero la compasión no es un pozo sin fondo. ¿He de tener compasión por la víbora cuando le corto la cabeza?

De modo que Shimer se quedó tranquilo, recordando la excitación y la boca abierta de Bondar Shar, y al día siguiente fue a la reunión que se celebraba en el lugar señalado. Una cantera abandonada, a la cual nadie iba, pues los ingenuos creían que estaba habitada por el fantasma de un santón malhumorado. Sin embargo, como ni los comunistas ni los espías creían en fantasmas, era tenuta por un lugar excelente. Bondar Shar no vino con seis o siete, sino con veinte, y Widee Shimer observó curiosamente los distintos tipos de hombres que estaban allí sentados en el suelo.

Había altos y bajos, y en sus caras se leía maldad, avidez y desesperanza, también astucia y desorientación, y como nota común de todos ellos un hambre que nunca se había satisfecho, ni siquiera un día, ni siquiera una hora. Al mirarlos, Shimer se sintió lleno de asco y rechazo, se sintió como el héroe del Rigveda que se convierte en el confidente de las serpientes y los seres que se arrastran; pero cuanto más los miraba, más se daba cuenta que el hambre de estos hombres no provenía sólo del estómago.

Suspiró, lamentando haber venido, y empezó a hablar lenta y laboriosamente. Habló de muchas cosas, de las clases de hombres y de la fraternidad de los hombres. Habló de la libertad, de oprimidos y opresores, y mientras hablaba observaba las caras de los veinte hombres malditos en la cantera.

—En esta región —dijo Shimer— y en un lugar al cual se puede llegar a pie, está el Taj, el más bello edificio que existe sobre la tierra. Es como el bendito sol de invierno encerrado en un receptáculo de perlas y alabastro, pero, ¿qué es sino una conmemoración de los diez mil esclavos que lo construyeron, la hermosa torre de un inenarrable sufrimiento? ¿Cuántas lágrimas se han mezclado a la argamasa con que está hecho? Recuerdo de esclavos en una tierra de esclavos...

Así habló, y pasó una hora y otra hora y llegó al fin de su discurso. No podía llamarlos camaradas. Los miró y ellos lo miraron, y entonces Bondar Shar se levantó y dijo con aire de pedir disculpas:

—Gracias, Widee Shimer. Es para mí un honor que se me haya encomendado que siga tus pasos. Pero antes de que tú llegarás, hemos hablado entre nosotros de ciertos asuntos. Querríamos formar un sindicato para que nuestros salarios aumenten y puedan alimentarnos.

Los otros aprobaron. Hubo un rato largo, muy largo, en que nadie habló y en que Shimer reflexionó considerando un aspecto y otro del problema, pero finalmente también él asintió con la cabeza y les dijo:

—Está bien. Éstas y éstas son las cosas que debéis hacer para tener un sindicato de espías.

Así fue que Widee Shimer se alejó de la cantera, turbado y perplejo, y que el primer sindicato de espías de la India surgió a la existencia. Así fue también que, dos semanas después, Widee Shimer se levantó por la mañana, dejó su refugio y se encontró con que había un nuevo espía que seguía sus pasos.

—¿Dónde está Bondar Shar? —le preguntó. Pero el espía no contestó.

¿Está enfermo? ¿Lo han transferido? ¿Tiene tribulaciones de familia? Widee Shimer preguntó y se sintió un poco irritado de sí mismo por interesarse en los asuntos de un espía.

Pero el hombre nuevo no dijo nada, se limitó a apretar los labios y a fruncir el ceño, a la manera de un empleado de policía.

A todo esto, Bondar Shar estaba sentado en la oficina del Jefe Residencial, que llevaba una casaca blanca de lino larga hasta la rodilla, pantalones cortos blancos y finas medias de seda blanca que llegaban unos pocos centímetros por debajo del lugar en que terminaban los pantalones. El casco de corcho del magistrado estaba sobre el escritorio, a su espalda; tenía las piernas cruzadas y se espantaba las moscas con una pantalla de reluciente cuero negro. Era un hombre afable e interrogaba a Bondar Shar con mucha cortesía.

—¿Es usted un empleado nacional? Bondar Shar dijo:

—Sí, por supuesto —sin dejarse engañar por la amabilidad y muy, muy asustado.

—¿Pronunció usted un juramento de servicio a la Corona?

—Así es —contestó Bondar Shar.

—No sólo empleado nacional —dijo el magistrado con aire reflexivo—, sino que forma usted parte del Servicio Secreto. El Servicio más apreciado por Su Majestad. ¿Se da cuenta de esto, por supuesto?

—Por supuesto —murmuró Bondar Shar.

—He tratado este asunto con el Comisionado. Está preocupado. También lo estoy yo. ¿Me entiende?

—Por supuesto —dijo Bondar Shar, horriblemente asustado y sin embargo un poquito orgulloso de haber llegado a ser un tema de conversación del Comisionado.

—No se puede tener una organización dentro del Servicio —dijo el magistrado melancólicamente. No podemos tener un sindicato. Queremos los nombres de todos los que pensaban asociarse con usted. Después que me escriba los nombres, trataré de que no lo pase demasiado mal. Le dio una hoja blanca.

—¿Qué nombres? —murmuró Bondar Shar. El magistrado había estado en la India mucho tiempo y como él decía, conocía a los nativos; Bondar Shar era sin ninguna duda un nativo. Así fue que los dos se miraron y el magistrado pensó que iba a llegar el día en que los diablos se habrían de soltar sobre este país de cuatrocientos cincuenta millones de almas —aunque en privado se reconocía a sí mismo que no eran humanos y que no tenían almas—; y Bondar Shar, por otra parte, tuvo conciencia de su propia alma, de su valor, de su fuerza, y de la locura que corría por sus venas, pese al miedo y al terror, y que lo impulsaba a hacer una cosa inesperada.

Meneó la cabeza, recordando a sus cinco hijos, a su mujer, a su hijita en especial, el olor penetrante y dulce de la ciudad vieja en el invierno, el perfume del Bhísti en el verano y todas las buenas cosas de la vida que recuerdan los hombres en estas ocasiones.

—¿No? —preguntó el magistrado suavemente.

—No, sahib —contestó Bondar Shar en un susurro, porque sabía que debía esperar lo peor.

Y el magistrado no insistió ni amenazó, porque hacía mucho tiempo que estaba en la India.

En primer lugar, a Bondar Shar le arrancaron las uñas. Una a una se las arrancaron y fue muy doloroso. Al principio Bondar Shar lloraba como un niño, pero al final gritaba como una parturienta. Después lo entregaron a los gurjas, porque aunque gritaba como una mujer que pare, sus gritos no eran más que sonido y no los nombres de ciertos hombres. Sus gritos eran plegarias, juramentos y súplicas, oscuras referencias que sólo se le ocurren a un espía, pero nunca los nombres de determinados hombres. Así fue que lo entregaron a los gurjas diciéndole al sargento a cargo de la división que era necesario obtener esos nombres. Los gurjas le hicieron muchas cosas. Son hombrecitos de las montañas, hombres terribles, que no creen en Dios ni en el honor, sino sólo en la guerra y en sus malvados cuchillos. Los gurjas le hicieron cosas que no se pueden describir. Y cuando Bondar Shar estaba en carne viva y sin conciencia, fueron a ver al magistrado y le dijeron:

—Emitió muchos sonidos, pero no dio los nombres.

Ahora se está muriendo. Nunca hemos visto un comportamiento semejante en un espía a sueldo de la policía, pues todos sabemos que estos hombres son cobardes y abyectos. Tan sólo el veneno del comunismo puede explicar este comportamiento.

—Ponedlo en una canasta y entregadlo a su familia —dijo el magistrado, lleno de horror, pues estas cosas no gustan a los hombres blancos y bien nacidos, y muy enojado con los gurjas por haber ido tan lejos.

Así fue que lo pusieron en una canasta y lo llevaron a su casa, y entonces hubo un funeral, una pequeña procesión a decir verdad, pues éste es un país de funerales, pero una procesión de todos modos, con cuatro lloronas profesionales, la mujer, los hijos y Widee Shimer.

Shimer pasó un día entero en el funeral y con la familia; después volvió a la casa de la antigua Delhi donde ondea mañana, tarde y noche la bandera roja.

—¿En dónde andabas? —le preguntó Bose. ¿Eres un organizador o un caballero que vive de rentas?

—¿Una mujer, al fin? —preguntó la señorita correctora de pruebas.

—¿O pensaste que necesitabas un descanso? preguntó el secretario del sindicato.

—Marché en la procesión de un espía maldito y despreciable, que dejó de ser un espía— dijo Shimer serenamente, y luego, como en esa tierra el que llora a los muertos ya no hace nada más, Widee Shimer volvió a su trabajo entre los vivos.



## DE CÓMO LOS VIAJES ILUSTRAN

BENITO TAIBO

Voy sentado absolutamente solo en el vagón del metro. Es la última corrida de la noche, la de las doce. Salí muy tarde de la conferencia sobre filosofía en la Ciudad Universitaria. Sofia tiene una muy fuerte gripe y no pudo acompañarme. Lo lamento enormemente, le hubiera encantado escuchar a Fernando Savater decir cosas tan divertidas como “La única obligación moral que tenemos es no ser imbéciles”. Este filósofo español es diferente, devorador de historietas, de novelas, aficionado a la cultura popular, escritor él mismo. Tiene un libro particularmente interesante llamado *Ética para Amador*, donde con un lenguaje claro y sencillo habla de filosofía para niños y adolescentes y explica, a través de nueve capítulos cómo debe uno actuar a partir de razonamientos morales y éticos. Y no es moralista, todo lo contrario, Amador es su hijo y a él le dedica sus pensamientos sobre el mundo.

El caso es que la conferencia fue muy divertida y sobre todo ilustrativa. Savater es absolutamente miope y

---

Leer en libertad en la Cuauhtémoc le brincan dos pequeños ojitos detrás de sus lentes de aumento que parece que sirven, como una lupa, para ver el mundo y algunas cosas que los demás no vemos. En la última estación se bajaron los que me acompañaban, Matías y Laura. A mí me queda todavía un largo recorrido hasta casi el final de la línea y vengo leyendo una novela de aventuras extraordinaria; se llama *Ojos de lagarto* de Bernardo Fernández, BEF. Me la estoy comiendo página a página. Tengo que recomendársela a todos mis amigos.

El tren para. Escucho el típico sonido que sale de los altavoces indicando que se van a cerrar las puertas: Tiruriruriu... Pero no despego los ojos del libro, y tampoco noto ninguna presencia extraña.

Repentinamente, escucho a mi derecha, claramente, un “Hola” sensual, proferido por una voz de mujer que viene acompañado por un breve viento helado. Doy un respingo y me voy hacia el otro lado. Allí, junto a mí, está una de las criaturas más bellas que he visto en mi vida, todavía corta vida. Va vestida de negro, como negro es el pelo y los ojos y hasta las uñas que lleva pintadas. Pero su cara es blanca, muy blanca y los labios de un intenso rojo que le iluminan el rostro. La muchacha debe tener unos veinte años, lleva el pelo azabache en un moño, zapatos de tacón, medias de seda negras y un vestido entallado con una abertura en la pierna que deja ver mucho más de lo que cualquiera puede resistir.

—Me asustaste— le digo mientras recobro el ritmo de mi acelerado corazón. —No te vi entrar.

—Es que no entré. Ya estaba aquí— dice enigmática.

Yo me recorro unos milímetros lejos de ella, casi imperceptiblemente.

—No te voy a comer. Me llamo Baal.— y extiende la mano blanca con puntas negras, delicadamente. Se la estrecho con cuidado, está helada, la suelto lo más rápidamente que puedo mientras farfullo mi nombre como única respuesta.

—¿Qué lees?— pregunta con una voz de embeleso y misterio que podría derretir al mismísimo Polo Norte si se lo propusiera.

—Una novela de dragones— y me muevo un par de milímetros lejos de la tentación.

—Los dragones no existen— dice contundentemente. Casi enojada.

—La imaginación es siempre más poderosa que la realidad —contesto. —Y mucho más divertida.

—¿No estás grandecito para andar creyendo en dragones?— y avanza moviendo las nalgas hacia mí, recuperando los milímetros que yo había ganado tan penosamente. Cada vez era más guapa...

Y repentinamente, puso una mano sobre mi pierna. Una mano aparentemente pequeña que se volvió enorme conforme avanzaba hacia mis zonas pudendas. Como una garra.

Y sentí una oleada de calor súbito que me llegó hasta los ojos, nublándolo todo. Por algún motivo incomprensible y contra cualquier precepto hormonal, me levanté de un golpe. Me fui de dos largas zancadas hacia la puerta. El metro iba a toda velocidad; destellos luminosos se veían por las ventanas a su paso.

Me di la vuelta y la encaré, dispuesto a decirle, a decirle. Cualquier cosa. Cuando descubro frente a mí, sentado en el sitio que ella ocupaba hace unas décimas de segundo,

---

Leer en libertad en la Cuauhtémoc a un hombre vestido de frac, con sombrero de copa, barbita de candado en punta, uñas largas, un fistol en la solapa y un bastón de ébano con mango de plata en forma de cabra.

—Buenas noches— dijo balanceando la pierna que llevaba cruzada sobre la otra. Y portando una maliciosa sonrisa en el rostro.

—¿Qué me dieron?— pregunté, haciendo un recuento de lo bebido en las últimas horas: un café y dos refrescos de manzana embotellados. Nadie pudo haber puesto alguna droga en ellos, por lo tanto, descarté inmediatamente las alucinaciones. El tipo sonreía y me miraba pasándose la lengua por los labios.

—¿No quieres ser inmortal?— Dijo, mientras buscaba algo dentro de su chaqueta.

Yo llevaba la espalda pegada a la puerta del vagón, estaba petrificado. Era el diablo. O por lo menos esa versión, la más suave, del mismísimo Lucifer. Sacó un pergamino y se levantó acercándose a mí, moviéndose como una serpiente.

—La inmortalidad a cambio de tu alma— y me puso el papel frente a los ojos. Yo no entendía una sola palabra del contrato, estaba escrito en caracteres que jamás había visto. Di un par de pasos hacia el lado y él los dio hacia el contrario, parecía que estábamos haciendo un baile.

Tiruriruriu... Sonó la alarma haciendo que la puerta se abriera. El había quedado de espaldas al andén. Me acerqué al contrato, haciendo como que leía. Cuando las puertas empezaban a cerrarse le pegué el empujón más fuerte que he dado en mi vida. Cayó de culo sobre el andén e incluso resbaló cómicamente, sobre sus posaderas,

un par de metros. Del bolsillo donde llevaba el pañuelo en el frac, vi como caía un diablillo de no más de siete u ocho centímetros, de cabeza contra las losas enceradas. El tren se puso en marcha. Por la ventana lo vi cómo se limpiaba furiosamente el pantalón con las dos manos. Por lo menos era un diablo limpio.

Lo vi alejarse hasta que entramos al túnel. Me di la vuelta y en mi lugar, ahora, había un viejecito de larga barba blanca, túnica y un triángulo dorado sobre la cabeza, que sonreía beatíficamente.

—Bien hecho muchacho. Eres de los nuestros— dijo.

—¿Dios?— pregunté balbuceante.

Y él asintió una vez con la cabeza, cerrando los ojos.

—Lo siento, pero no estoy vendiendo el alma, por ahora— me permití bromear porque obviamente ésta era mucho más amable y bonachona que las dos apariciones anteriores.

—Te prometo que tu alma inmortal está asegurada, soóo tienes que...

Y su voz era igual a la de un vendedor de aspiradoras que fuera a desgranar las virtudes de su producto. Lo paré en seco.

—Así estoy bien. Viviré esta vida y luego... Luego ya veremos.

Por lo visto se enfadó. Hizo una mueca de profundo disgusto y se desvaneció en el aire dejando un polvo de diamantes finísimo en lugar de su cuerpo.

Tiruriruriu...

La puerta volvió a abrirse. Y yo, abrí los ojos. No había nadie alrededor. Era la estación final. Me pasé por tres

---

Leer en libertad en la Cuauhtémoc y era el último convoy. Tendría que caminar por lo menos media hora de regreso a casa.

Eso me pasa por no querer quedar bien ni con dios ni con el diablo.

Fragmento del libro *Persona normal* editado por Destino (2011).

## VOY A LAS BATALLAS

MANUEL SCORZA

América, aquí te dejo.  
Me voy a las batallas.

Luchar es más hermoso que cantar.  
Yo te digo,  
a pesar del dolor,  
a pesar de las patrias derrumbadas,  
ama a los gorriones.  
Yo sé que es difícil  
hallar entre las tumbas un lugar para la risa.  
Yo mismo, a veces, caigo,  
y el viento  
levanta mi cara como una alfombra rota,  
pero aun en las celdas, bajo la, lluvia,  
yo no perdí la fe.

Amigos,  
aunque os golpeen,  
jamás perdáis la fe;  
aunque vengan días sucios,

jamás perdáis la fe,  
aunque yo mismo os niegue de rodillas,  
no me creáis, amad la vida,  
¡guardad rocío para que las flores  
no padezcan las noches canallas que vendrán!  
Sed felices, os ruego,  
salid de los cuartos sombríos,  
sed felices para que yo no muera.  
Yo no escribí estos cantos  
para dar espuma a las muchachas.  
Yo canté porque los dolores  
ya no cabían en mi boca:  
yo siempre estuve aquí  
peleando con mastines de pavorosa nieve;  
conozco todas las caras,  
he visto a los deudores tratando  
de meterse en sus zapatos cada amanecer.  
¿Dónde no estuve?,  
¿en qué pantano no bebí?,  
¿a qué pozo malo no rodé?  
Ay, a mi alma caían las cáscaras  
que amargas cocineras pelaban.  
Amigos: en mi corazón jamás reinó silencio,  
yo oí todas las voces,  
escuché a las sábanas quejarse,  
supe cuando las criadas escribían cartas de tristeza,  
y cuando no llegó a tiempo el único pie del cojo,  
y canté, América, los dolores,  
y recliné en ti mi cabeza.  
Mas ahora digo: degollad la tristeza,  
cantad frente al mar.  
Dadme la mano, amigos,



Amo la tierra flaca  
que me siguió cojeando a los destierros.  
No quise confesarlo antes.  
Era difícil, me ahogaba el esqueleto,  
el aire me dolía,  
la voz me llagaba  
pero ahora te amo.  
No soy nada,  
no soy herrero,  
ni jinete, ni sembrador.  
Yo sólo sé cantar, pero te amo;  
¡también la aurora se construye con canciones!

¡Amigos,  
os encargo reír!  
Amad a las muchachas.  
cuidad a los jazmines,  
preservad al gorrión.  
No me busquen amargos en la noche:  
yo espero cantando la mañana.

Un gran viento se levanta.  
Hay demasiado dolor.  
Un gran viento se levanta.  
He visto arder extraños ríos.  
Un Gran viento se levanta,  
preparad la hoguera, prepararos.

Aquí dejo mi poesía  
para que los desdichados se laven la cara.  
Buscadme cuando amanezca.  
Entre la hierba estoy cantando.



## YTSÉ

ELMER MENDOZA

No se conocían. Quizá fue el olor a gasolina, la adicción al ruido y al humo lo que los hizo coincidir en la barra de La Chuparrosa Enamorada. Eran motociclistas.

La familia de Andrés se había enriquecido vendiendo manzanas para cerdos al horno. El papá de Álvaro es enterrador. Merx es extraterrestre y Raúl estaba decidido a ser virgen toda su vida. Se oía una balada rock de las más horribles. Bebían *whiskey* y hablaban de motos, llantas, bujías, rutas, climas, cuando ella apareció.

Cuatro corazones taquicardia.

Ella era de Cabizbajía.

Les echó una media mirada de la cintura para arriba.

Raúl, para evitar tentaciones abandonó el lugar. Andrés tuvo una erección inmediata. A Merx le faltaba un brazo y supo que era grave. Álvaro quiso ir al baño.

Ella tenía una cita con una amiga instalada muy cerca de ellos, que continuaban conmocionados, pensan-

---

Leer en libertad en la Cuauhtémoc  
do qué fácil es ser idiota en esta vida. Ella les concedió  
dos medias miradas más y por poco enloquecen.

Nada ocurrió mientras ella y su amiga conversa-  
ban. Salvo el silencio de la sangre ardiendo.

Cuando se fue supieron que el destino que los  
acababa de unir también los acababa de separar.

Merx quedó eliminado por cuestiones raciales.

Raúl, muy confundido, propuso juegos para que  
de ahí surgiera el afortunado. Lo excluyeron aduciendo la  
importancia de ser firme en los propósitos y que el suyo  
era muy especial y que demostraba lo grande que era.

Merx, muy excitado, pidió participar pero fue en vano.

Raúl abrió su computadora y compartió la infor-  
mación sobre Cabizbajía: gente peligrosa, pendenciera y  
muy hermosa. La base de su economía es el comercio de  
órganos con otros planetas.

Andrés y Álvaro intentaron convencerse entre  
ellos de desistir. Inútil. Merx, lleno de tristeza, se apartó.

Álvaro y Andrés decidieron jugarse el liderazgo en  
lo que mejor sabían hacer: correr motos. Dos vueltas al  
circuito serían suficientes y allá fueron. Raúl sería el juez.

Una hora después regresaron: uno exultante, el  
otro realmente derrotado.

Cuando llegaban, Merx salía con la chica llevándola  
de la cintura con su único brazo. Protestaron, hey, hey,  
¿qué te pasa imbécil? No tienes derecho. Ytsé, expresó  
ella con tanta energía y ojos menos bellos que flamígeros,  
que dejó sus oídos vibrando. Ave María purísima. Merx,  
mirando al frente, con ese porte abusivo de los triunfa-  
dores, la condujo con señorío.

Entonces, qué remedio, despejaron, más valía llevar la fiesta en paz. Una hora después la amiga, cuyo país acababa de salir de una guerra, abandonó el lugar con un gesto de ahí se ven. Pronto escucharon la explosión de una nave que se largaba. Aguardaron.

No resistieron y fueron por Merx. Lo encontraron sin brazos, sin piernas y sin un par de órganos internos; pero con una sonrisa que los motivó a dejarlo así, para no afectarla.



## DE CÓMO LA LADY BUSCABA SAPOS CUANDO ANDABA PACHECA

AGUSTÍN SÁNCHEZ GONZÁLEZ

Debajo de una mesa, la Lady busca afanosamente. Arrastra su falda hindú como trapeador. El guiño en el ojo, tan frecuente en esos casos, la exaspera.

No sabe en qué momento se quedó dormida. Despierta en la madrugada; se halla tirada en el suelo, adolorida y con sed. Se levanta con dificultad y va a la cocina por un vaso de agua que bebe desesperadamente.

El tic vuelve, el hipo también. Entra al baño y se moja mientras mira su rostro amarillento. Besa un sapo de porcelana y vuelve a la cama. Todo le da vueltas.

Duerme.

La noche anterior fumó dos paquetes de cigarros y no recuerda cuántos de mariguana.

La Lady alguna vez pensó que era princesa. Sus padres le vendieron la idea.

Aquel Sapo le enseñó tantas cosas. El mundo en que vivió en su infancia poco tenía que ver con la realidad. Era

---

Leer en libertad en la Cuauhtémoc como una burbuja. Las hermanas del Colegio le enseñaron a bordar y a soñar en paraísos, castillos y mundos etéreos.

—¡No me digas que ésta será monja!—, reía su padre cuando la miraba correr, rumbo a la iglesia, a preparar a los niños que harían su primera comunión.

—Ni lo mande Dios, decía la mamá.

La Lady, entonces, usaba vestidos de una pieza y peinado formal; salía de casa con candidez y llegaba a la iglesia a enseñar el Ave María y el Padre Nuestro a los niños que harían la primera comunión.

Pero un Sapo se atravesó en su vida.

En Coyoacán se enamoró de un hombre que hoy quisiera fuera el mismo sapo de cristal que conserva en su recámara. Era verde, panzón, ojeroso y con papada: se parecía a Diego Rivera y se llamaba..., que importa ya.

—Mi sapo, sapito, sapón.

De la Conchita a la Plaza Centenario había unas ocho calles que caminaba con la tranquilidad que daba ser hija del presidente de un consorcio extranjero.

A los dieciséis años le compraron un automóvil, un coche nuevecito que fue la envidia de todas sus compañeras. (Fue el auto que encontró la policía.)

La Lady tiene coche.

Mercedes Sosa y Horacio Guarani. Alfredo Zitarrosa y Atahualpa Yupanki.

La Perón le regaló discos de 33 revoluciones por minuto y ella, con la guitarra de Paracho que le compró su padre, y leyendo las revistas de *Guitarra Fácil*, las interpretaba en fiestas y reuniones.

Dale tu mano al indio, dásela que te hará bien. Cantaba todas las tardes, medio desafinada, mientras Domin-



---

Antología literaria  
ga, La Minga, recién desempacada de Chiapas, le servía café y Coca Cola al instante en que la Lady le gritaba.

La Perón era hija de unos socialistas argentinos, “peronistas, viste”, que llegaron exiliados esos años a México, perseguidos por la dictadura militar.

Todo le da vueltas y ya no está Minga, ni papi, ni mami. Se murieron de pura tristeza al descubrir la doble vida que llevaba su hija.

Con uniforme azul marino y cuello blanco, todas las mañanas llegaba radiante, con sus dieciséis años, al Colegio de señoritas, donde tenían prohibido, inclusive, hablarle, fuera de clase, a los maestros varones.

La Perón, Beatriz se llamaba, llegó de rebote una mañana, al salón de clases; vestía jeans y llevaba el pelo suelto, como hippie. La presentó la hermana Sofía y les pidió le ayudaran en todo lo que necesitara.

Se sentó al lado de la Lady y desde un principio simpatizaron.

Durante el verano, ambas se fueron juntas de vacaciones a Acapulco, a disfrutar de la casa que papi usaba de vez en vez, como premio por terminar la prepa.

El sol, la arena y el mar sólo para ellas.

Una mañana desapareció la Perón, sin decir a dónde iba. Después, durante varias tardes se perdía.

—Tengo un amante.

Le explicó que andaba escondido, pues pertenecía a la Liga Comunista 23 de septiembre.

La Lady no pidió explicaciones y prometió guardar el secreto. Al regreso se inscribieron a estudiar literatura latinoamericana, en la Ibero.

Despierta con la boca seca. Fueron dos carrujitos, de seguro. Camina desnuda por el amplio departamento. Busca en el refrigerador y sólo encuentra caviar, que apenas prueba debido a lo salado. Toma una cerveza y se tira en el suelo. Necesita sentir la dureza del piso.

Con autorización paterna, alquilaron un departamento juntas. Tres recámaras y espaciosa sala. Una noche tocaron a la puerta y Beatriz salió a abrir. Era el Clandestino y otro hombre que no alcanzó a distinguir desde el ojo de la cerradura, pues no quiso salir a ver quién tocaba.

El hombre se acostó en el cuarto vacío, mientras el Clandestino entró a la recámara de la argentina.

Las náuseas la obligaban a seguir en el piso.

Para entonces, Beatriz le había contado acerca de la guerrilla, el comunismo y todo lo demás. La Lady, como siempre, escuchó con atención, permaneciendo indiferente y en silencio.

Una mañana regresó temprano a casa y encontró al compañero del Clandestino; llevaba luengas barbas y usaba jeans; dormía profundamente en el sofá de la sala. Lo miró con detenimiento, nunca había estado sola con un hombre. Despertó sobresaltado, pero sonrió al mirar el rostro de ratón asustado. ¿Sería el sapo de los cuentos de hadas, que con un beso se convertiría en príncipe?

—¿Qué hora es?, preguntó el hombre-sapo.

—Las doce y veinte, contestó con timidez.

El sapo se levantó, fue al baño y al poco tiempo se escuchó el sonido de la regadera. Fiel a su costumbre, no resistió mirar por el ojo de la cerradura. No vio nada, la cortina lo impedía. Nerviosa marchó a su habitación. Turbada, intentó leer sin éxito.

—¡Niña!, le gritó el hombre, ¿puedes prestarme una toalla?

Corrió a entregársela, casi resbala, y el desconocido agradeció, cerrándole un ojo. Volvió a su habitación y se encerró sintiendo en su cuerpo algo raro. Cogió valor y salió a preguntarle algo, cualquier cosa. Nunca recordó el diálogo pero tampoco, jamás, olvidó la piel morena, el pelo mojado y los ojos como dos luceros.

Antes de que se diera cuenta, el hombre la tomó en sus brazos, la besó despacio y como si fuera un sueño, se vio desnuda, al lado de un sapo, pensando, quizá, en el momento en que se convertiría en un príncipe.

Desde su cama observa con la boca seca al sapo de cristal.

El encuentro con el Sapo la enloqueció. Lucio, sí, así se llamaba, comenzó a adoctrinarla acerca de la lucha de clases; le habló del presidente Mao, de la necesidad de servir al pueblo, de la injusticia social.

La Lady entró en crisis. Se sintió culpable de su pasado y presente burgués, de su vida estéril y decidió acompañar a su hombre en la lucha por un mundo nuevo.

Por primera vez en su vida se sintió sola, lo estaba.

El Sapo desapareció a poco, ésa era la consigna. Nadie debía conocer a nadie, por cuestión de seguridad.

Una madrugada salió de su casa, no se despidió de nadie, ni siquiera de la Perón. Dejó su automóvil en la cochera. Tomó el metro en Insurgentes, bajó en Pantitlán e identificó al contacto. Lo siguió al subirse a un chimeco, se bajó tras de él, subió a un carrusel, junto a una iglesia que no reconoció y en donde tomó un papel que estaba en la trompa del elefante que montaba. Se sentía ridícula, rolando sola. Regresó al metro y otro hombre la condujo a un auto.

Todo le da vueltas.

Llegó a una casa en un sitio que jamás logró identificar. Compartió habitación con una mujer que usaba siempre lentes, narices y bigote de plástico, como aquellos que vendían en la feria de San Ángel, cuando se realizaban las fiestas, en la iglesia del Carmen.

Quería preguntar algo, saber dónde estaba. Pero la consigna del Sapo había sido siempre: “no preguntes nada, escucha, sólo escucha”.

Debió aprender a lavar ropa y trastos sucios, ceniceros rebosantes de colillas; tendía camas y vivía en completo aislamiento. La toma del poder estaba presente. Comenzó a leer al presidente Mao, haciendo caso de la presentación de Lin Piao, el “íntimo compañero de armas” del líder chino: “La navegación en los mares depende del timonel, hacer la revolución depende del Presidente Mao”.

“De aquel sombrío misterio de tus ojos.” Lara, Agustín Lara. El mismo que escuchaba su padre en otros tiempos. No sabía de dónde venía la música. La añoranza por otros tiempos de gran felicidad, de ser la Lady.

Habían transcurrido semanas, quizá meses y ella no hablaba con nadie. Creía enloquecer. Una mañana salió de ahí. Reunida con una docena de hombres taciturnos, esperaba instrucciones. El Sapo entró a la casa de seguridad, comenzó a decirles que el momento de entrar en acción se acercaba y había que prepararse. Jamás la miró. A ella le latía el corazón aceleradamente.

El Sapo dijo: “Las condiciones están dadas para iniciar la revolución”.

Media hora de escuchar y escuchar, con deseos de hablar, de hablarle, de besarlo y estrecharlo en sus brazos.

El Sapo concluyó su discurso, diciendo que al día siguiente comenzarían su preparación militar. El hastío se denotaba en los rostros de la gente.

Quiso gritar: lo hizo; quiso hablar, y habló y habló hasta que fue sacada del salón. La encerraron en un pestilente baño; la desolación aumentó.

Lanzó un alarido al mirar una rata que se asomaba por el retrete de concreto. Un guardia-camarada entró al baño y sin decir nada, le soltó una cachetada, que le seguía doliendo cada que recordaba. Más tarde, sollozando, escuchó la fría voz del Sapo, que le llamaba la atención, la regañó sin permitirle hablar.

Desde entonces quiso escapar, pero no tenía salida. El Sapo la había utilizado. Le pidió la dejara ir, pero él le recordó el juramento de luchar hasta el final, hasta la toma del poder del proletariado. De ahí sólo se salía o muerto o expulsado.

Lo segundo no importaba, lo primero sí. Demacrada y sin fuerzas aprendió a obedecer, a no hablar. Una mañana que se ejercitaban por la ladera de un cerro echó a correr con gran velocidad en sentido contrario a donde se encontraba el grupo. Corrió mucho tiempo, muchas horas, hasta llegar a un pueblecito, desde donde habló por teléfono a sus padres.

Se ocultó en un pequeño hotel mientras llegaban por ella. Contó a sus padres que la habían secuestrado, junto a la Perón, y que nada sabía de la argentina.

Tiene sed, mira el sapo de cristal y lanza un gemido.

Sus papás sabían que no era cierto pues la Perón había sido asesinada, semanas atrás, en un asalto bancario. La Lady sostuvo su verdad y se durmió en el regazo de su madre.

Muchas noches despertaba sobresaltada y lloraba muy quedito. Después iba corriendo, como cuando era niña, a la cama de su madre, quien jamás preguntó nada. Semanas después apenas puede creer lo que mira en un noticiero nocturno: el Sapo había sido encontrado muerto en Ciudad Universitaria.

Se emborrachó y volvió a fumar mariguana.

La Lady miraba el sapo de cristal que de pronto se convirtió en muchos batracios verdes que rondaban su cama y cantaba a coro La Internacional, el canto de los comunistas.

Una lágrima salió de sus ojos. Se puso el pijama, jaló las cobijas cubriéndose el rostro con una almohada, después se volteó y siguió llorando muy quedito.

La Lady ya está en casa, pero ya nunca está.

## MUJERES DE ATENCO, TORTURA SEXUAL E IMPUNIDAD

SANJUANA MARTÍNEZ

El Estado mexicano violó sus garantías individuales. Fueron agredidas con golpes en todo el cuerpo, despojadas de su ropa, violentadas sexualmente, mordidas, pellizcadas... les cubrieron el rostro, les introdujeron dedos y objetos anal y vaginalmente, las violaron, las humillaron, las insultaron, las amenazaron de muerte y finalmente se les negó la asistencia ginecológica para que no pudieran demostrar la tortura sexual...

Ése fue el calvario por el que pasaron 47 mujeres detenidas en Atenco hace tres años; de las cuales, sólo 11 han decidido continuar con las denuncias contra los policías de los tres niveles que ejecutaron la tortura sexual buscando aniquilarlas como mujeres y como colectivo.

La tortura sexual en Atenco tiene nombre de hombre: se llama Enrique Peña Nieto, gobernador del Estado de México y actual aspirante a la presidencia del país, por el Partido Revolucionario Institucional. Fue quien ordenó la

---

Leer en libertad en la Cuauhtémoc  
represión contra campesinos y floristas, violando todas las  
leyes que garantizan el respeto a los derechos humanos y  
los tratados internacionales que el gobierno de México ha  
ido firmando de manera hipócrita, pero no respeta.

A Peña Nieto no le tembló la mano a la hora de admi-  
nistrar violencia, pero los hechos de Atenco constituyen un  
crimen de Estado que no prescribe y le perseguirá mientras  
viva. Orgulloso de su delito, el hombre conocido como “el  
gavioto” se atreve a declarar que Atenco, “más que un error,  
fue un acierto” porque él mismo fue capaz de restablecer el  
orden. Y que si “volviera a suceder, lo volvería a hacer”.

Sabiendo que goza de una patente de corzo, avalada  
por la Tremenda Corte de Justicia que continúa en su cami-  
no institucional de impartir impunidad, Peña Nieto ahora  
nos sorprende lanzando una campaña nacional para “digi-  
nificar” a Mujeres destacadas.

El funcionario capaz de administrar la peor tortura  
sexual de la historia reciente del país se disfraza de hombre  
respetuoso de las mujeres, de la mano de Lucero, aquella  
cantante que utilizando el uso de la fuerza de sus escoltas  
armados, arremetió contra los periodistas que cubrían su  
espectáculo. Dios los cría y ellos se juntan. Por lo menos  
ambos tienen algo en común: el gusto por la violencia.

Peña Nieto no está solo en la lista de represores,  
también lo acompañan Eduardo Medina Mora, procurador  
de México, y ex secretario de Seguridad Pública Federal;  
Wilfrido Robledo Madrid, ex comisionado de la Agencia Es-  
tatal de Seguridad Pública, y el ex procurador del Estado de  
México, Abel Villicaña Estrada. Todos tienen el común de-  
nominador de ser funcionarios por encima de la ley. Nin-



gundo está sometido al escrutinio de la Constitución. Son los impunes de Atenco.

Impunes, porque en Atenco participaron a sus órdenes 3 mil elementos de seguridad que cometieron cientos de violaciones a los derechos humanos. De estos policías que denigran su propio uniforme y corporación, sólo 20 han sido procesados. Por supuesto, todos han acudido a su cita con la justicia gozando de libertad, debidamente amparados y apoyados por sus superiores.

La represión en Atenco fue un escándalo internacional, documentado por organismos de derechos humanos independientes y el Estado mexicano no ha encarcelado a ningún responsable. Los policías pueden argumentar “obediencia debida” a sus superiores, pero los superiores actuaron con el respaldo del presidente Vicente Fox y ahora —en perpetuar la impunidad— con el de Felipe Calderón. La cadena de mando está clara.

De los 20 policías procesados, ninguno pisó la cárcel, sólo el violador Doroteo Blas Marcelo fue condenado por “actos libidinosos”. Su víctima, Ana María Velasco Rodríguez, obligada a practicarle sexo oral, pudo reconocerlo gracias a que el torturador cuando terminó, le estiró de los cabellos y le dijo mirándole a la cara: “¡Ahora te lo vas a tragar, perra! El juez Tomás Santana Malvaez lo condenó con una multa de sólo mil 877 pesos y lo absolvió del pago de la reparación a la víctima.

Ésa ha sido la constante en el “caso Atenco”: el aparato de impartición de justicia al servicio de la protección del Estado y no de sus ciudadanos. Mientras los magistrados sigan recibiendo un sueldo que funciona como un co-

---

Leer en libertad en la Cuauhtémoc  
hecho entregado por el Ejecutivo de casi un millón de pesos  
mensuales, jamás serán independientes.

Por eso nos preguntamos: ¿Será capaz el Estado democrático mexicano de autoinculparse? Jamás. No existen los instrumentos, ni los protocolos jurídicos, mucho menos la voluntad política de hacer justicia a las mujeres víctimas de la tortura sexual en Atenco.

En México la tortura del Estado no es un delito, es una constante sin castigo. Y lamentablemente el gobierno utiliza a otra mujer para perpetuar la impunidad: Guadalupe Morfin, titular de la Fiscalía Especial para los Delitos Violentos contra las Mujeres y la Trata de Personas (Fevimtra), quien no ha sido capaz ni siquiera de atraer el caso que anómalamente se lleva a cabo en el Estado de México, para garantizar la imparcialidad necesaria.

Al contrario, ha sido la Fevimtra la que ha obstaculizado la búsqueda de la justicia de las víctimas y las ha revictimizado aplicándoles estrictos métodos para comprobar la tortura, sin respetar el Protocolo de Estambul.

Las mujeres de Atenco, mientras tanto, resisten y nos ofrecen una invaluable lección de entereza y compromiso social.

## LA BESTIA HA MUERTO

BERNARDO FERNÁNDEZ BEF

*A los ingenieros Alfredo Brigada Monjaraz  
y Carlos Pérez-Tejada y Salazar, in memoriam.*

1866

¿Cómo no íbamos a perder, si prácticamente peleamos con piedras y palos contra las fuerzas de élite del Imperio Austro-Húngaro? Ahí donde derribábamos a uno de sus soldados mecánicos aparecían dos o tres nuevos homúnculos incansables. Nos bombardearon con fuego químico desde sus dirigibles y barrieron con obuses inteligentes nuestras rústicas barricadas. Los estragos de décadas de hambre, de ignorancia, dejaron sentir como nunca su peso en los hombres de nuestra más humilde tropa conformada por el vulgo, enfrentada a los superhombres del enemigo invasor.

No tuvimos oportunidad; antes de que nos diéramos cuenta, la República había caído hecha cenizas mientras el gobierno usurpador erigía una monarquía ilegítima, ahí donde los padres de nuestra patria derramaron su sangre para darnos libertad. Vinieron tiempos oscuros, hermanos

---

Leer en libertad en la Cuauhtémoc y hermanas, noches sin fin durante las cuales huimos del enemigo hasta ser apresados. Confinados al más humillante encierro en mazmorras destinadas a la escoria criminal, el sol pareció ocultarse para la nación sin que su brillo entre los barrotes de la cárcel diera consuelo a los nuestros. Algunos cayeron, cerrando sus ojos para siempre en la desesperanza del encierro injusto, como el compañero Miguel Lerdo de Tejada. Yo mismo temí no volver a respirar la brisa matutina sin grilletes que maniataran mis muñecas y tobillos.

Pero hoy, una nueva luz se dibuja en el horizonte de nuestra lucha. Hoy, la solidaridad internacional ha liberado a los nuestros del confinamiento humillante. Replegamos la rebelión hacia el exilio, en espera de mejores tiempos, para reagrupar nuestras fuerzas. Hoy, una brasa de esperanza da calor a nuestros corazones. No están solos, hermanos y hermanas. Vaya hasta ustedes un abrazo solidario, recuerden que no existe noche eterna.

*Desde algún lugar de Norteamérica, Ingeniero Benito Juárez, Presidente en el exilio (Fragmento de la epístola eléctrica colocada en la página de la red de los rebeldes, cuyo acceso se castiga con la pena de muerte dentro de territorio del Imperio Mexicano).*

1872

En persona, Maximiliano I de México parecía mucho más alto que en las pantallas de los noticieros que se proyectaban en las funciones de las linternas mágicas y los telediaros. Su barba dorada comenzaba a encanecer, el rostro a surcarse por arrugas. Pero sus ojos, de un azul que recordaba el color

---

Antología literaria  
del cielo minutos antes de caer un aguacero, conservaban una chispa juvenil que era más fácil de captar que describir.

En actos oficiales, el monarca vestía el uniforme de gala del ejército mexicano, diseñado por la Emperatriz y confeccionado en Bruselas por el sastre de la familia real a la que ella pertenecía. En sus demás apariciones públicas se le veía calzando botines italianos de diseño exclusivo, vestido de levita negra, con sombrero de copa, camisa de seda y pantalones grises, todo elaborado a la medida por su modisto de la casa Harrod's, en Londres. En la intimidad de su despacho, el protocolo se distensaba permitiéndole una vestimenta informal, de acuerdo a las modas dictadas en París. Había veces, como ésta, que incluso usaba guayaberas de seda yucatecas, pantalones de algodón y huaraches idénticos a los de quienes cariñosamente llamaba "mis inditos", aunque de una talla que para estos hubiera resultado descomunal.

Pese a su vestimenta informal, cuando el príncipe de Salm Salm entró a la oficina imperial encontró el semblante del monarca cruzado por la preocupación.

—¿La noticia está confirmada, Félix?— preguntó Maximiliano sin saludar. Frente al escritorio de caoba, el padre Agustín Fischer, secretario particular del Emperador, observaba al ministro del Interior con la misma preocupación en la mirada.

—Así es, Alteza. Lo he confirmado por telégrafo con los servicios de inteligencia franceses. No se trata de otro delirio de Alponete. Por algo confía en él el general Miramón.

—*Scheisse*— masculló el Emperador, contra la prohibición, impuesta por él mismo, de hablar en Palacio otra lengua que no fuera el castellano.

—El maldito indio no pudo escoger peor momento para morir...— comenzó a decir el sacerdote.

—Querrá usted decir el presidente Juárez, padre— corrigió Maximiliano, siempre atento a las formas.

—Como quiera que le llamemos, Su Majestad —intervino Salm Salm—, es claro que esto nos coloca en una disyuntiva.

—Desde luego, su muerte lo transforma en un mártir de su propia causa —repuso el cura—, aunque imagino que también irá extinguiendo a sus simpatizantes. Muerto el perro, se acabó la rabia.

—El cadáver de un enemigo nunca huele mal— citó el príncipe.

—Caballeros, me parece que nos estamos desviando. Dime, Félix, ¿se conoce el motivo del deceso?

—Sí, Majestad. El hombre murió por una complicación respiratoria, aparentemente una dolencia que adquirió en los calabozos de San Juan de Ulúa. Tenía 66 años.

—¿Seguía en Nueva Orleans?

—Sí, señor. El gobierno norteamericano, sin embargo, no ha emitido ninguna declaración oficial. La noticia ocupó un modesto lugar en la prensa local. Tuvo poca resonancia internacional.

—Su imagen estaba muy desgastada, Max —dijo el padre Fischer—; tantos años de silencio, prometiendo un regreso que nunca cumplió. Muerto Baudelaire, se había quedado sin publrrelacionista.

—La pregunta, Su Majestad —dijo el ministro—, es la siguiente: ¿damos o no la noticia?

—Seguramente tendrá un efecto devastador en los rebeldes locales —respondió Fischer—, desmoralizará por completo a los subversivos.

—O les dará un santo al cual rezar— el Emperador sonaba sombrío.

—No blasfemes, hijo.

—Con las celebraciones de los diez años del Imperio en puerta, Alteza, es impredecible el efecto que la noticia tendrá en la población— Salm Salm tenía en mente las pintas que a últimas fechas aparecían como hongos en las paredes de la ciudad: “Viva Juárez”. Era un fenómeno persistente pese a que el castigo a quien era sorprendido pintándolas consistía en el juicio sumario y la ejecución. Cada día parecían multiplicarse.

—Tarde o temprano se sabrá. Será mejor que nosotros emitamos una nota oficial antes de que los rumores se extiendan por las calles. Félix, comunícate con Aguilar y Marquecho— ordenó Maxiliano.

El príncipe no pudo decir “a la orden, Majestad” porque la puerta del despacho se abrió de golpe, sobresaltando a los tres hombres. En el umbral, una mujer desnuda, el cuerpo cubierto de una sustancia viscosa que parecía betún o melaza, con la palabra “vagina” escrita sobre el pecho con lápiz labial, los observaba desafiante.

“¡Carlota!” quiso gritar el Emperador, pero el nombre de su esposa se le ahogó en la garganta cuando ella comenzó a hablar con voz gutural, avanzando hacia los tres hombres con pasos solemnes, dejando un rastro de huellas negras en el piso de mármol.

—*Hay que dejarse crecer las uñas durante quince días —comenzó a recitar la Emperatriz. ¡Oh! Qué dulce resulta entonces arrancar brutalmente del lecho a un niño que nada tenga todavía sobre el labio superior y, con los ojos*

---

Leer en libertad en la Cuauhtémoc  
*muy abiertos, simular que se pasa suavemente la mano por  
sus hermosos cabellos.*

La mujer llegó hasta el padre Fischer, que estaba paralizado de terror. Se sentó en su regazo para lamer lasciva la mejilla del sacerdote, quien sólo alcanzó a murmurar: “Déjala en paz, Satán”. Ella continuó su letanía:

*—Luego, de pronto, cuando menos lo espera, hundir las largas uñas en su tierno pecho, cuidando de que no muera, pues si muriese, no se tendría más tarde el espectáculo de sus miserias.*

De un salto felino, Carlota se incorporó para trepar en el escritorio de su marido, mirándolo con la intensidad de una cobra a su encantador, el azul de los ojos brillando en su rostro ennegrecido, el betún escurriendo sobre los papeles del monarca en lentos hilos pegajosos.

*—A continuación se bebe la sangre, lamiendo sus heridas, y durante ese tiempo, que debiera ser largo como larga es la eternidad, el niño llora. Nada es mejor que su sangre extraída como acabo de explicar, y caliente todavía, salvo sus lágrimas, amargas como la sal.*

El primero en reaccionar fue el príncipe de Salm Salm, quien pulsó el botón de alarma. Segundos después, la guardia mecánica del Emperador, dos homúnculos mecánicos de bronce, entraron al despacho, precipitándose sobre la mujer.

*—¡No la lastimen! ¡Es la Emperatriz!—* aulló Maximiliano.

*—Llévenla a sus habitaciones, denle una dosis de morfina. Tiene que estar repuesta para la tarde—* ordenó el ministro.



Al ser arrastrada, la Emperatriz fue dejando una estela grasosa en el piso. Durante el penoso trayecto, no dejó de aullar:

—¿No has probado nunca el sabor de tu sangre cuando, por azar, te has cortado un dedo?! ¿Qué buena es, verdaaaaaaad?!

Cuando sus gritos se ahogaban entre los pasillos del Castillo, un pesado silencio caía en el despacho del Emperador. Éste, paralizado por la impresión que le causaban los cada vez más frecuentes delirios de su mujer, no pudo evitar que una lágrima escapara por sus mejillas, mientras el padre Fischer no paraba de santiguarse, rezando en latín.

El príncipe de Salm Salm no podía dejar de pensar que, de no haber desviado la mirada, habría visto cómo la Emperatriz, encaramada en el escritorio, hundía dos dedos en su pubis embadurnado.

1899

De las memorias inéditas de Sebastián Lerdo de Tejada, presidente de México de 1874 a 1880:

*Muchas han sido las leyendas tejidas alrededor de la rebelión juarista. Muchas, las historias con las que el vulgo ha ornamentado la lucha de hombres y de mujeres patriotas que resistimos hasta el final. Muchas, las anécdotas que se han convertido en leyenda.*

*Ha llegado la hora de iluminar las sombras que enmohecen el recuerdo, y lo vuelven difuso a la distancia de los años.*

*En el ocaso de mi vida, considero una obligación con la patria redactar estas memorias para lanzar un poco de luz sobre ese episodio fundamental de nuestra historia.*

[...]

*Logré convencer al doctor Charcot de ayudar a la causa aunque no fue poca la dificultad. La primera parte de la misión estaba resuelta, pero tenía todavía por delante lo más complicado.*

*Para comprender un poco la situación, debe saberse que en aquel momento, cual Jonás en el vientre de la bestia, era yo un rebelde infiltrado en un país enemigo, improvisado en un artífice militar de la invasión a nuestra nación. En no pocas ocasiones me supuse perseguido por la policía secreta de Napoleón III. Y según pude comprobar años después, tras la firma de la paz con Francia, mi vida nunca dejó de correr auténtico peligro. Empero, hubo siempre algún retorcimiento del destino que actuó a favor mío y de la causa: una puerta que se entreabría para dejarnos escapar, un amigo espontáneo de la rebelión que me ocultaba en su buhardilla de Montmartre por algunos días y hubo también un maquillista de teatro que me inició en los misterios de su oficio, enseñanzas que me permitieron escabullirme más de una vez al cambiar de aspecto en los baños de una taberna o de alguna tienda de almacenes.*

*Asegurado el discreto contacto con el doctor, fue necesario meterlo clandestinamente a territorio americano, tarea que se complicaba debido al distanciamiento diplomático que existía entre nuestros vecinos y el gobierno napoleónico. Mientras la ocupación imperial usurpaba nuestro gobierno legítimo, las guerras intestinas sacudían a los Estados Unidos.*

*Era necesario crearles una nueva identidad al sabio y su asistente, siendo éste un muchacho casi niño, larguirucho, introvertido y poco dado a la conversación.*

*Del mismo modo, debíamos enviar por barco el voluminoso equipo experimental con que el doctor Charcot trabajaría en territorio americano, delicada maquinaria fabricada en Suiza bajo la supervisión del propio Charcot, quien había realizado con ella sus experimentos en simios.*

*Por razones de seguridad nosotros emprendimos el viaje hasta que se confirmó la llegada de la maquinaria a Nueva Orleans, enviada a nombre de una compañía fantasma que la rebelión utilizaba para sus transacciones comerciales desde hacía varios años.*

*Lo anterior nos proporcionó varios meses para disponer la partida, tiempo que por cierto no fue ninguna vacación en Europa.*

*Los compañeros de logística lograron proveernos de documentos falsos que acreditaban al doctor Charcot y al muchacho como Monsieur André Gürtler y su hijo, ciudadanos suizos cuya neutralidad política les facilitaba la movilidad entre continentes.*

*El siguiente paso fue alterar el aspecto de los científicos de tal forma que fueran irreconocibles hasta para sus más allegados. Con pretexto de asistir a un congreso médico en Viena, sabio y asistente fingieron partir hacia Austria, sólo para bajar del tren instantes antes de que éste partiera, engañando a sus respectivas familias, e instalándose en el modesto hotel de Pigalle que la rebelión me financiaba con muchos apuros.*

*Nuestro eterno simpatizante, Monsieur Baudelaire, ya muy enfermo, se ofreció a asistirme en el teñido del cabello de nuestros amigos. El corte de cabello y el afeitado de su barba cambió a tal grado el aspecto del neurólogo, que de toparse con su propia madre, ésta no lo hubiera reconocido.*

*El mismo Jules Verne habría podido componer uno de sus romances científicos con las aventuras que pasamos desde el instante en que abordábamos el buque Marie Eugénie, cuando un comisario aduanal pareció dudar ante los documentos del joven asistente de Charcot, minuciosamente falsificados por un maestro grabador de la casa de moneda de la República (hacer llegar al artista desde el pueblo de Tacuba hasta Nueva Orleáns podría ser por sí misma una novela de Salgari). Pasamos también días de angustia cuando descubrimos la presencia de un agente imperial mexicano a bordo del buque, espía de quien tuvimos que ocuparnos Monsieur le docteur y yo, arriesgando nuestra vida, hasta el desembarco en las costas de la Luisiana, semanas después, para finalmente encontrarnos con el comité clandestino rebelde, en plena agonía del señor Presidente.*

*Sólo hasta que descendíamos del buque en Nueva Orleáns, sabiéndonos a salvo, comencé a intimar con el asistente del doctor Charcot. Nunca había tardado tanto en preguntarle a alguien su nombre. Su verdadero nombre.*

*—Sigmund Freud, señor— contestó en un inglés casi tan torpe como el mío, sonriendo por primera vez desde que le había conocido.*

1872

Como todas las noches en todos los hogares mexicanos, a las ocho y cuarto los televisores mostraron en sus redondos monitores el escudo de armas nacional mientras se escuchaba la marcha imperial mexicana. Tras unos compases, durante los cuales los ciudadanos patriotas y temerosos de Dios se ponían de pie, se escuchaba una voz engolada que anunciaba:

—Damas y caballeros, el noticiero imperial mexicano.

A continuación aparecía en la pantalla el rostro de un hombre en el umbral de la senectud, al que un letrado compuesto en modernos caracteres Times identificaba como Don Ignacio Antonio Aguilar y Marquecho. Era un hombre de gesto adusto, poco dado a la sonrisa, el rostro enmarcado por unos enormes audifonos, y que noche tras noche daba las noticias oficiales del Imperio del Anáhuac.

—Señoras, señores, buenas noches, buen provecho si ya merendaron, *bon appetit* si se disponen a hacerlo —saludó el comunicador como hacía siempre—; éstas son las noticias del Imperio.

Entonces llenaba la pantalla la imagen de un alegre campesino que zafaba caña de azúcar con un machete. La voz de Aguilar y Marquecho indicaba entonces los productos agrícolas que habían aumentado su producción y en qué porcentaje, mientras las cifras se encimaban sobre el agricultor. Pocos sabían que la imagen, que se repetía en sus monitores en cada emisión del telediario, era en realidad la de un marinero marroquí, seleccionado por una agencia de publicidad parisina que había grabado el segmento a las afueras de La Habana.

Después de las cifras agrícolas venía la agenda imperial, que daba cuenta de las actividades de Su Majestad:

—Esta mañana, el Emperador de todos los mexicanos tuvo una junta privada con sus más cercanos colaboradores, para después recibir la visita del ingeniero Ferdinand Duque de Lesseps. Como se sabe, este eminente técnico supervisa actualmente la construcción del canal de Tehuantepec, que unirá los océanos Atlántico y Pacífico. Un auténtico prodigio del ingenio humano.

En la pantalla, Lesseps estrechaba la mano de Maximiliano I, después se les veía charlando en el despacho del monarca. Nadie escuchó las amargas quejas del francés por la guerrilla indígena, que impedía los avances satisfactorios de la obra.

—Por la tarde, en compañía de la Emperatriz, Su Majestad inauguró el nuevo orfanatorio de San Fernando, en el pueblo de Tlalpan, administrado por la orden de las hermanas Capuchinas. Como se sabe, el antiguo convento de esta orden fue derruido por la intolerancia y el anticristianismo del antiguo régimen en 1861.

Mientras el periodista hablaba, Maximiliano y Carlota se veían cortar un listón inaugural rodeados de religiosas y ministros entre los que se distinguía el padre Fischer. En la siguiente toma, la Emperatriz acariciaba un niño huérfano en el pecho. Su mirada era ausente, la sonrisa glacial.

El noticiero tampoco mostraba a los manifestantes inconformes que se habían apelotonado afuera del orfanato con pancartas que exigían la libertad a los presos de conciencia y menos cómo la policía montada antimotines arrasaba con ellos.

A mitad de la emisión, Aguilar y Marquecho preguntaba al público:

—La encuesta de esta noche es la siguiente: ¿Está usted de acuerdo en que se rediseñen los uniformes de las fuerzas armadas para los festejos de los diez años de la corona? Si su respuesta es sí, marque el siguiente número...

Tras la encuesta venía la larga sección de sociales y espectáculos, por donde desfilaban los mismos rostros de la oligarquía mexicana una noche tras otra. Una boda

---

Antología literaria  
entre las familias Betancourt y Lascuráin, una tamaliza en la hacienda de los Corcuera, la presentación en sociedad de una de las Espinoza de los Monteros, el estreno de la última cinta francesa sobre la construcción del canal de Suez en las linternas mágicas de la ciudad, la inauguración de la temporada de zarzuela en el teatro Lírico, la recepción de la semana en alguna de las embajadas. Y así se sucedían las crónicas rosas hasta llegar al final del programa.

En esa ocasión, esa noche tan sólo, el severo rostro del presentador habló para dar una nota más, un mínimo colofón al acabar las noticias:

—El día de ayer, el ingeniero Pablo Benito Juárez García murió de una angina de pecho en la ciudad de Nueva Orleans, Luisiana, en donde permaneció oculto tras ser desterrado del Imperio. Juárez García fue el último presidente del antiguo régimen. *Requiescat in pace*. Buenas noches.

1871

—Será la libertad— dijo uno de los encapuchados, dando por iniciada la sesión.

—O será la muerte— contestaron a coro todos los presentes, incluidos los dos extranjeros. Las luces se encendieron, todos se quitaron las máscaras. El primero en hablar había sido Don Guillermo Prieto.

El comité clandestino de la rebelión se había reunido en sesión extraordinaria en uno de los auditorios de la escuela de medicina de la universidad de Nueva Orleans, una facilidad obtenida con dificultad apelando a los viejos contactos en el gobierno norteamericano que le quedaban a la rebelión.

Instalados en las butacas, la atención de los liberales mexicanos se concentraba en la máquina.

Era ésta como el esqueleto de una gran ave, con miles de engranes que controlaban el movimiento de sus extremidades metálicas. Un mecanismo de relojería perfectamente sincronizado, dirigido por un cerebro mecánico, manipulaba la navaja en forma de guadaña en que terminaba el brazo metálico, así como los delicados tentáculos de metal que llevaban lo cortado por el sable hasta una placa de vidrio en el vientre de la máquina.

Sebastián Lerdo de Tejada carraspeó para llamar la atención de sus compañeros de lucha y ahogar sus rumores.

—Caballeros, la hora de la verdad ha llegado.

En ese momento, una camilla entró al quirófano, llevando al deteriorado presidente Juárez. Pese a la enfermedad, la mirada del viejo conservaba su feroz agudeza. Las dolencias físicas habían medrado su cuerpo, no así su mente, que se mantenía lúcida. Eso era lo que trataban de aprovechar.

—Eh... dejó la palabra al doctor Charcot— y Sebastián se retiró a un rincón.

El francés había aprendido a amar a estos hombres, que años antes habían sido acomodados funcionarios del gobierno republicano y que ahora lo habían sacrificado todo por su lucha, una batalla desigual contra las potencias europeas que no podían más que perder. A menos que sucediera algo, y para eso estaba aquí Charcot.

—Señores, seré breve—su castellano había mejorado notablemente, si bien las erres guturales le traicionaban—: estamos a punto de presenciar un acontecimiento histórico.



Atestiguarán ustedes la primera digitalización de una mente humana. Para mí es un honor que el voluntario haya sido su líder, un hombre extraordinario por donde se le vea. No les abrumaré con tecnicismos, el proceso consiste en lo siguiente: tras adormecer al paciente con morfina, trepanaremos cuidadosamente el cráneo, retirando la calota para dejar al descubierto el tejido cerebral. Nuestra máquina procederá entonces a hacer finisimas incisiones de menos de medio milímetro de anchas en el cerebro de *Monsieur* Juárez para después llevar las, eh... llamémoslas rebanadas, a esa placa de vidrio, donde se les tomará un daguerrotipo detallado que después será leído y analizado por el cerebro mecánico del aparato para rearmar la mente del voluntario dentro de su memoria, convertida en un archivo digital en tres dimensiones. Si todo sale bien, tendremos un modelo electrónico de la mente del presidente Juárez con sus recuerdos, sus sueños, sus miedos, sus ideas...

—¿De qué servirá eso?— interrumpió desde el fondo Mariano Escobedo, un estratega excepcional, consejero militar de la rebelión, quien apenas sabía poco más allá del oficio de las armas.

—En primer lugar, salvaremos de la muerte inminente a nuestro líder —el sabio dijo la palabra “nuestro” con total convencimiento—; prácticamente le estaremos otorgando vida eterna. ¿Se imagina? El presidente Juárez será un ente inteligente en el mundo de las redes digitales. Podría infiltrarse en los sistemas electrónicos del enemigo, causando pérdidas de archivos, órdenes equivocadas y caos administrativo. ¡Un ataque devastador sin necesidad de ejércitos! Sería como un... como un virus incurable.

—¿Y si todo sale mal?— porfió Escobedo.

—Entonces tendremos un cadáver con la masa encefálica desecha. ¿Procedemos, *Monsieur le President*?— dijo, dirigiéndose a Juárez.

Desde su camilla, don Benito dirigió una mirada a Sebastián. En todos los años de conocerle, Lerdo de Tejada jamás había visto tal expresión de miedo en su líder, ni siquiera cuando estuvo a punto de ser fusilado en Guadalajara. Juárez era un indio recio y orgulloso. Había que darle una respuesta a su altura.

—Ahora o nunca, señor Presidente.

El héroe zapoteca volteó hacia el médico francés y asintió con serenidad. Luego cerró los ojos por última vez.

—Inicie secuencia, Sigmund— ordenó Charcot a su asistente.

Los engranes comenzaron a girar.

1873

Doce de junio.

El gran día.

Diez años del Imperio.

La fiesta más importante de la vida de Maximiliano I de México y, sin embargo, todo estaba saliendo mal. Aquella mañana, al ducharse, el Emperador descubrió que no había agua caliente en el Castillo de Chapultepec. Los sistemas hidráulicos de Palacio, controlados por el cerebro mecánico central, simplemente se negaron a escupir otra cosa que no fuera agua helada.

Los días de campaña en la marina le habían enseñado a resistir esas carencias, no así a la Emperatriz, a quien el baño frío produjo una aguda recaída de ánimo.

Mientras el valet imperial vestía al monarca, éste podía escuchar a su esposa emitir unos alaridos pavorosos desde la tina.

—Quizá sería buena idea administrar una pequeña dosis de morfina a Carlota, padre— murmuró a su secretario particular con los ojos cerrados. Tan sólo un golpecito.

—Lo dispondré de inmediato, Max— repuso Fischer, dando de inmediato la orden a un androide enfermero. Sin embargo, éste fue hacia ella y le propinó una bofetada que derribó inconsciente a la Emperatriz.

El jefe de sistemas de Palacio no podía explicar el equívoco funcionamiento del androide, que fue desactivado en el instante a patadas por el propio Emperador.

Todo parecía estar en su lugar, pero salía mal. Una hora más tarde, el príncipe de Salm Salm sugirió de última hora cambiar los planes, de manera que el Emperador no encabezara el desfile militar que iría del Castillo de Chapultepec hasta la Plaza Mayor de la ciudad.

—Le sugiero que lo presida desde el balcón imperial, señor, todas estas fallas me parecen muy sospechosas— murmuró el ministro al oído del Emperador mientras éste intentaba beber un líquido inmundado que la cafetera había vomitado en la taza de Maximiliano.

Al ver a las damas de compañía esforzarse en disimular el moretón en el rostro de Carlota, el Emperador decidió que era mejor no arriesgarse a sufrir ningún atentado. Estarían más seguros en el balcón.

—Félix —dijo a su ministro—, comunícame con el general Miramón. Quiero que redoblen la seguridad.

—Sí, Su Majestad.

La llamada tardó más de quince minutos en conectar con el secretario de Guerra. La plática resultó prácticamente incomprensible por la estática que chasqueaba a través de la línea.

—Algo está pasando, Padre —dijo nervioso el Emperador a Fischer, instantes antes de salir al balcón— y no me gusta nada.

El sacerdote sólo alcanzó a murmurar una respuesta incomprensible. El miedo podía leerse en su rostro.

Sólo hasta que Maximiliano Primero de Habsburgo, Archiduque de Austria, Emperador de México y el Caribe, salió al balcón del Castillo de Chapultepec, acompañado de una Emperatriz Carlota Amelia completamente sedada, comprendió la dimensión de lo que ocurría en ése, su Imperio, que de pronto no parecía tan próspero ni tan pacífico como lo declaraba todas las noches el noticiero oficial, o como lo pregonaban la prensa oficialista y los voceros del gobierno.

Ante los ojos aterrados del monarca, uno de los dirigibles que desfilaban en los cielos a la par de las fuerzas armadas se desplomó pesadamente sobre la vanguardia del ejército imperial mexicano, aplastando al primer batallón de soldados mecánicos, al secretario de Guerra y al subsecretario Mejía, junto con la plana mayor de oficiales de la armada imperial.

El dirigible estalló en llamas donde el propio Emperador encabezaría a su ejército, frente a una multitud que huía del fuego, despavorida.

La confusión de Maximiliano aumentó cuando escuchó repiquetear su teléfono portátil. Sólo Carlota, el Padre Fischer y Félix de Salm Salm tenían acceso a la línea

directa que comunicaba con su aparato. Los tres estaban ahí, junto a él, observando cómo el caos se apoderaba de la ciudad.

Aturdido, Maximiliano contestó.

—Diga.

Era una voz conocida, su tono grave y severo, inconfundible, si bien con cierta reverberación metálica que la hacía sonar artificiosa, mecánica. Inhumana.

—Señor Maximiliano. Nos volvemos a encontrar.

—¿Juárez?

—Hasta yo mismo pensé que jamás volvería a pisar mi suelo, a oler mi tierra. Bueno, no creo volverlo a hacer, no en las condiciones en que me encuentro. Pero he vuelto.

—¡No puede ser! ¡Usted está muerto! ¡Vi las fotos que tomaron mis agentes en Nueva Orleans!

—Mi querido Emperador, perder una batalla no es perder la guerra. Esta vez, los rebeldes llevamos la ventaja. Recuerde que la mala yerba no muere. Sólo se... digitaliza.

—¿De qué habla usted? ¿Juárez?! ¡Hable!

La comunicación se había cortado.

Fue el Padre Fischer quien llamó la atención de Maximiliano hacia el cielo.

En cada uno de los dirigibles, la imagen del sonriente Emperador se desdibujaba para ser sustituida por el rostro adusto de un indio zapoteca. La frase "1863- 1873 Diez años de prosperidad" desapareció para formar las palabras "México para los mexicanos".

Maximiliano pudo escuchar cómo allá abajo, en el Paseo Imperial, la muchedumbre rompió en un aplauso ensordecedor mientras en cada una de las pantallas el rostro de Juárez sonreía, ladino.



## EL PUENTE DE METLAC

LEO MENDOZA

Idolino Nogueira pintaba paisajes. No era un artista famoso ni pertenecía a los muchos grupos vanguardistas que, por esos años, dominaban el mundo de la plástica. Jamás en su vida le pasó por la cabeza realizar un *performance* o *action painting* y, aunque admiraba a Jaspers, Pollock y Rothko, nunca se sintió tocado por la abstracción. Él era figurativo rajatabla. Aunque había estudiado en la Academia y tuvo algunos compañeros que con el tiempo se hicieron famosos en el medio, había decidido desde muy joven que lo único que le interesaba, además de la acuarela, era ser paisajista. Admiraba los cuadros de Velasco y Clausell y los de Rivera parisino y, para él, la última corriente pictórica importante era el impresionismo. Lo que vino después, decía, era la caída del arte en un profundo hueco cuyo fondo estaba constituido por las nuevas tendencias de las instalaciones, la manipulación digital y eso que llamaban conceptual. Simplemente, no le cabía en la cabeza que un artista tuviera que echarse rollos y rollos, sumergirse en un mundo de palabrería, para que su obra se entendiese.

Las palabras sobran frente a un buen cuadro —decía en las tertulias de La Ferrolana, rodeado por otros compañeros de oficio que, domingo a domingo, vendían su obra en los camellones de Álvaro Obregón o bien se desplazaban a Tlacoquemécatl y ponían su puesto tras pagar la cuota de rigor a los organizadores.

Digamos que Idolino no era un mal pintor. Sus cuadros tenían una belleza formal superior a la de cualquiera de los que practican su mismo oficio que, en muchas ocasiones, era meramente alimentario. Lo que sucedía —él mismo lo había dicho— era que había nacido en un tiempo equivocado. Un siglo atrás su obra hubiera sido reconocida y elogiada, especialmente por aquellos paisajes que Idolino, a la manera de los viejos maestros, iba a buscar a los alrededores de la ciudad y a lugares aun más lejanos, invirtiendo en esos periplos gran parte de lo que ganaba con la venta de sus cuadros.

Soltero —también por decisión propia— había entregado al arte los mejores días de su vida sin siquiera cuestionarse si lo que hacía estaba bien o no. Quizá por eso, a pesar de haber sido seleccionado para varias semanas de la acuarela, sus paisajes nunca habían estado en las grandes exposiciones o en las galerías de moda y, menos aún, en las bienales de arte moderno que, a decir de Idolino, “estaban dominadas por críticos tan verborreicos como los mismos autores”.

Sus cuadros se encontraban en las cantinas, en casas de algunos nuevos ricos, en las paredes de los fraccionamientos de clase media alta, en los despachos de algunos comerciantes y las oficinas de los abarroteros españoles



---

Antología literaria que eran su clientela más fuerte. Algo en él lo obligaba a seguir adelante a pesar de que, aunque sus cuadros parecían hechos a la medida para esas casas conocidas de estilo colonial californiano, las nuevas tendencias en la decoración, esas “tonterías japonesas y minimalistas”, le habían quitado a muchos de sus clientes.

Para su fortuna, cuando de plano todo andaba del carajo, no faltaba el bodeguero que lo contrataba para hacer un pequeño adorno, a manera de friso, para su establecimiento en la central de abastos o la marisquería donde, ya que debido a su popularidad se había ampliado, hacía falta un mural cargado de pescados, pulpos, hombres rana y toda la variopinta fauna que los frutos del mar convocaban. De algunos se encontraba particularmente orgulloso mientras que otros ni siquiera se había atrevido a firmarlos, sobre todo cuando los dueños —y en eso Idolino no tenía dudas, el que paga manda— le exigían dibujar los personajes de *La Sirenita* o de alguna otra historieta de moda.

Cuando la desesperación lo invadía, cuando visitaba alguna exposición —“lo que pasa es que soy masoquista”, decía— y la abandonaba, asqueado, cuando ya no podía más e, incluso, cuando lograba algunas buenas ventas, entonces, Idolino montaba en su combi y se iba en busca de paisajes. Era su forma de relajarse y de dar cumplimiento a sus sueños: encontrar y pintar, retratar, desde su tiempo, su presente, su ahora, muchos —si no es que todos— los cuadros que admiraba. Algunos los había hecho, aun a costa de sudar sangre.

Para ver a la ciudad desde Molino del Rey, tal y como Velasco la había visto, vivió una verdadera aventura: pri-

---

Leer en libertad en la Cuauhtémoc mero para determinar desde dónde la había pintado y, una vez encontrado el sitio, gracias a la ayuda de algunos de sus amigos historiadores, para obtener el permiso de las Guardias Presidenciales de que le permitiesen dibujar o por lo menos retratar el paisaje actual a pesar de que el cuartel estaba considerado como zona estratégica. Finalmente, tras múltiples peticiones, obtuvo lo que quería.

Cosas semejantes ocurrieron en Contreras, Tacubaya y Chalco. Los cerros, las peñas que se encontraban en primer plano en la obra de Velasco, habían desaparecido: ahí se levantaba una abigarrada multitud de colonias, en algunas de las cuales ponerse a trabajar, aun a plena luz del día era de pensarse. Aun así lo intentó y corrió con suerte, el esbozo del cuadro lo tuvo listo en unas cuantas horas y se retiró. Luego, acompañado por un amigo, tomó fotos del lugar y de los alrededores para poder terminar el paisaje y su colorido. Y mientras lo hacía no dejaba de lamentarse y recordar cómo tantas y tantas veces había dicho en La Ferrolana que todos aquellos que utilizaban fotografías para sus composiciones tal y como lo hacían los pintores decorativos (así los llamaba Idolino) estilaban eran unos inútiles. Sus quejas casi siempre remataban con:

— La mayoría de los pintores de hoy no saben dibujar o no utilizan el dibujo y los que sí saben hacerlo son unos comodinos. No inventan nada.

Con las copias de Clausell no le fue tan mal: el canal de Santa Anita era un eje vial y pintarlo desde la misma perspectiva del artista fue una lección: el tiempo había trastocado los vapores y las trajineras en peseros y transportes de carga. Mientras que las fuentes brotantes, que el

creador del siglo XIX había bañado de una luz azul, eran ahora una especie de pileta cuyas aguas parecían todo menos manantial y cuyos alrededores —el bosque del pintor era brumoso, cubierto por un halo de misterio— estaban rodeados de puestos de fritangas que convertían al sitio en un aquelarre, tal y como lo había pintado Idolino: una salvaje fiesta multicolor en donde la solitaria espiritualidad del siglo XIX se había convertido en la velocidad y el escándalo de los últimos días del milenio.

A Nogueira ni siquiera le había cruzado por la cabeza la idea de sacar a la venta alguna de estas obras; eran sólo para sus ojos y para los de algunos de sus amigos quienes, por cierto, tenían aquellos cuadros en alta estima, como lo mejor que el paisajista había creado y no se equivocaban.

Algunas de sus reproducciones seguían, en líneas generales, el trazo del artista aunque casi siempre terminaba por triunfar la mirada del presente. Así, la famosa ola roja de Clausell se había transformado en una gigantesca masa gris, manchada por los brillos de la tarde, porque así era como Idolino había visto las aguas del Golfo. Y las nubes del valle de México eran las de las tormentas terribles de fin de siglo: una especie de amenaza oscura que se cernía aterradora y a la vez espectacular sobre una ciudad que había crecido hasta el infinito.

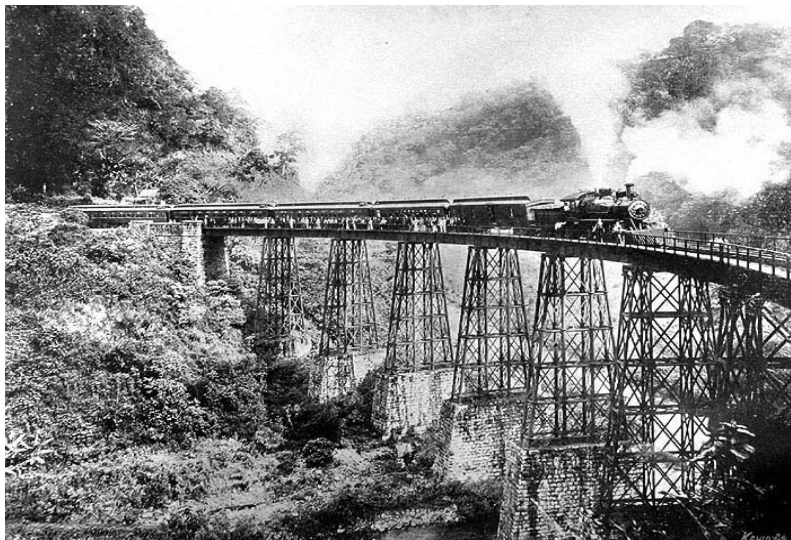
—Si me vieran hasta podrían decir que soy moderno si no es que posmoderno, por aquello de las citas—, decía en la cantina que en realidad funcionaba como la oficina de la tertulia de amigos que ahí se reunían y donde era posible dejarles recado con el cantinero y hasta contratarlos para algunos trabajos. De hecho, Idolino guardaba bajo la am-

---

Leer en libertad en la Cuauhtémoc  
plia mesa de caoba los libros de arte donde se encontraban  
las reproducciones de sus cuadros favoritos. Con éstas en  
la mano, discutía con sus amigos las diferentes formas que  
tenía para recuperarlos en la actualidad. Y también hablaba  
de sus fracasos. Sus amigos supieron que, por más que lo  
intentó, jamás llegó a encontrar un órgano —cardón le lla-  
maba Velasco— tan alto como aquél que el paisajista había  
pintado en Oaxaca. Pero eso sí, la catedral le había quedado  
extraordinaria vista de costado, tal y como la había pintado  
su ídolo, el templo se elevaba envuelto por los multicolores  
plásticos del tianguis que la rodeaba y la convertía en una  
especie de isla en un mar de comercios ambulantes.

Sin embargo, la obsesión de Idolino era pintar la  
barranca de Metlac desde la misma perspectiva de Velasco,  
aunque para ello tenía que decidir primero cuál había sido  
la visión real del artista, toda vez que la había registrado  
en cuatro ocasiones y en todas la situación planteada era  
semejante: un tren que penosamente cruza el puente —en  
su día una obra impresionante, casi majestuosa, de inge-  
niería— y asciende sobre la curva mientras el vapor escapa  
de la locomotora.

Ése era su sueño dorado. Ya había estado varias ve-  
ces por la zona para planear todos y cada uno de sus mo-  
vimientos. Sabía que desde los años ochenta el puente de  
Metlac —los veracruzanos dicen que de ahí para arriba co-  
mienza Puebla— había sido abandonado al construirse dos  
modernos cruces; uno para autos, de peaje, que se había  
convertido en un lugar turístico al que miembros de clubes  
de montañistas acuden para practicar rapel, y otro para el  
ferrocarril que pasa exactamente frente a la autopista.



Una noche, luego de terminar un mural en una marisquería de La Viga en donde nadaban los personajes de *Buscando a Nemo* y tras unos muy malos días de ventas en el jardín del arte, Idolino anunció en La Ferrolana su intención de acabar de una vez y para siempre con aquella obsesión.

—Así que no me esperen a cenar—, dijo en tono de broma y sin invitar, como algunas veces lo hacía, a algunos de sus compañeros de profesión.

—Es un asunto privado, casi íntimo.

La exclamación le hizo recordar a muchos que Idolino alguna vez había estado enamorado de una muchacha de Fortín de las Flores que, finalmente, acosada por la pobreza del pintor había terminado por marcharse al norte.

En esa ocasión, se emborrachó y despotricó contra todo mundo, contra los críticos, contra las nuevas corrientes artísticas, las nuevas disciplinas que habían hecho de la pintura, artes plásticas; y a la mañana siguiente, tras reci-

bir la paga por el mural y vender un paisaje manchego con molinos y don Quijote incluido que un abarrotero le había solicitado para su negocio, Idolino partió con rumbo al sur.

Deteniéndose tan sólo para cargar gasolina y comprar algunas cervezas, Idolino llegó aquella misma tarde a su destino. Se hospedó en el hotel más cercano a Fortín y, en cuanto amaneció, se encaminó a la vieja estación —abandonada ya— y de ahí partió a pie siguiendo el trazo de la vía, rodeado por la humedad, el calor, los colores y los olores del trópico. Las plantas de caña crecían vigorosas y sus hojas lo amenazaban como cuchillos, cortándole el paso. Avanzaba por el centro de aquel camino de hierro como si fuera dentro de un túnel verde brillante.

Finalmente, la espesura desapareció dando paso al otro paisaje: un paisaje sombrío donde la temperatura descendía abruptamente al igual que la vía. La vegetación se hacía más rala, magueyes y árboles salpicaban aquel paisaje. Cruzó la sombra del puente nuevo que se elevaba majestuoso y comenzó el penoso ascenso hacia Metlac.

Dos horas después de su partida se encontró con la gran curva que era, prácticamente, el paisaje que Idolino soñaba pintar. El puente estaba ahí, al parecer intacto. Pero lo que el paisajista jamás esperó encontrar fue la enorme bestia que había sido puesta en la ladera: aquel toro de una empresa vitivinícola se elevaba inmenso, aplastando la belleza del paisaje. En cualquier otra parte, en la ciudad o aun en la carretera a Cuernavaca, aquel espectacular no le hubiera molestado para nada, pero ahí, en medio de su paisaje, de su sueño, le pareció punto menos que un sacrilegio.

Sacando fuerzas de flaqueza, abrumado por aquella revelación —cinco años atrás el toro aún no estaba ahí— se

decidió a cumplir su cometido aunque su ánimo andaba por los suelos. Algo en su interior se rebelaba contra aquella monstruosidad que, como si estuviera viva, no dejaba de moverse. Se alejaba y se acercaba, y mudaba de colores caprichosamente, saltando del azul al rojo y de ahí al amarillo. Al principio creyó que era el viento, el soplo cálido que subía desde la costa cargado de humedad. Pero no era así: el aire en aquel momento no era algo más que una suave brisa.

Idolino pensó que se trataba de una alucinación, de la picadura de algún insecto o de alguna alergia provocada por las plantas que poblaban la cañada y, sin pensarlo siquiera, desanduvo su camino.

Pero al día siguiente pasó lo mismo y al otro y al otro. Idolino desesperaba: sus fondos se agotaban rápidamente y aunque había hecho dos que tres trazos ninguno le satisfacía realmente. Y por si fuera poco, el animal que dominaba el paisaje, como un auténtico toro de lidia, no dejaba de cambiar, de presentársele de todas las formas posibles. A punto estuvo, eso lo contó tiempo después, de darse por vencido. Pero su tenacidad pudo más que cualquier otra cosa.

Una semana después estaba nuevamente en La Ferrrolana. Más flaco y mucho menos sombrío de como se había ido. Sus amigos le preguntaron por el cuadro. La respuesta de Idolino los dejó mudos, culiatornillados en sus asientos.

—Nada, que lo mandé a la Bienal.

Para algunos aquello era una prueba más que suficiente de que en el viaje Idolino había enloquecido, aun-

---

Leer en libertad en la Cuauhtémoc que otros consideraron que el paisajista había quebrantado sus reglas y los menos lo felicitaron por haberse animado a competir.

La sorpresa llegó un poco más tarde: Idolino obtuvo el primer premio y, por si fuera poco, le pidieron todas sus recreaciones para montarle una individual en una galería de Bellas Artes, una galería modesta pero con catálogo al fin y textos de presentación y publicaciones en los periódicos. Incluso ya había platicado con uno de los curadores, un muchacho de pelo multicolor y risa fácil, que, aseguraba, planeaba escribir una monografía sobre su obra, de la cual, decía, estaba “enamorado”.

Durante la inauguración sus amigos no daban crédito: unos consideraron que se trataba de una burla mientras que otros estaban seguros que era la prueba viviente de la claudicación de sus ideales, su venta definitiva al dios Mamón. Sólo uno de ellos se acercó al artista y lo abrazó, emocionado.

El cuadro ganador colgaba a la entrada de la muestra y se llamaba El puente de Metlac. Pero no había puente. Lo que Idolino había pintado era sólo la gigantesca cabeza del toro del anuncio. La gigantesca y negra silueta de la testuz de un toro bravo sobre un fondo tan rojo como la sangre.



## MICRO RELATOS

ROGELIO GUEDEA

### Supermercados

Ayer en la noche fui al supermercado. Suelo ir por la mañana, muy temprano, porque la fruta y la verdura preservan mejor el olor de su frescura. Pero esta vez fui por la noche. Cogí el carrito y empecé, como siempre, por la sección de frutas y verduras. Al lado mío estaba una mujer de cabello largo, rubio, que usaba *pants* y tenis blancos. La miré de reojo mientras escogía jitomates. Cuando iba por las mandarinas, vi que la mujer de cabello largo ponía en mi carrito una bolsa de zanahorias. Pensé que se había equivocado, pero luego vi que fue a su carrito y lo empujó hacia la sección de ensaladas. Minutos después, mientras echaba cebollas en una bolsa, vi que la mujer ponía en mi carrito media arpilla de naranjas, para luego avanzar hacia los betabeles y los puerros. Entonces no pude evitarlo. Llené media bolsa de papas y, aprovechando que la mujer estaba desatando un manojito de betabeles, puse en su carrito una

---

Leer en libertad en la Cuauhtémoc piña y un racimo de plátanos. Luego, me di la media vuelta y fui hacia la sección de aderezos. Cuando volví con un par de ellos, me di cuenta de que había en mi carrito una bolsa de betabeles y dos pimientos rojos. Entonces avancé lentamente hacia el carrito de la mujer, mientras ella hurgaba entre las lechugas variopintas, y al paso cogí media sandía, que puse en su carrito en una posición estratégica para que no le costara trabajo descubrirla. Lo mismo sucedió en la sección de cereales, en la de carnes, en la de vinos. Ella ponía en mi carrito pechugas de pollo y yo en el suyo carne molida. Ella una botella de vino tinto y yo una de espumoso. Avena ella. Café yo. Así hasta que salimos del supermercado, ya bastante noche esta vez, subimos al mismo automóvil y durante el trayecto a casa nos fuimos convirtiendo, otra vez, en el marido ejemplar que era yo y en la esposa intachable que nunca ha dejado de ser ella.

### Amistades insumisas

El hombre Y estaba en el centro comercial husmeando en uno de los pasillos del departamento de niños cuando el hombre X, amigo de hace muchos años del hombre Y, pasó a paso lento por el costado izquierdo. Cuando la mujer del hombre Y vino para decirle que entraría a los probadores, el hombre Y aprovechó para informarle: hace unos minutos me pasó por un lado el hijo de perra de Sánchez Arriaga, me vio y se hizo pendejo para no saludarme. La mujer le contestó: no hagas caso, gordo. Dirás bien, replicó el hombre Y. Cuando, por otro lado, el hombre X alcanzó a su mujer en uno de los pasillos del departamento de mujeres, el

hombre X aprovechó para decirle: hace unos minutos me encontré en el departamento de niños al hijo de perra de Zamora Prieto, me vio y se hizo pendejo para no saludarme. La mujer le contestó: no hagas caso, gordo. Dirás bien, replicó el hombre X. Se dio la media vuelta y se fue por donde vino.

### El amor que yo quería contar

Ésta quería ser una larga historia de amor, una historia de un hombre y una mujer que se conocieron un día en el centro comercial, mientras ella miraba con detenimiento unas zapatillas rojas y él, del otro lado del cristal, amorosamente, la miraba mirar. Ésta quería ser la historia de un hombre y una mujer que toda su vida ensayaron sus pasos para poderse encontrar. Quería la historia que el hombre abordara a la mujer, la invitara a un café, a un salón de baile, la invitara a amar. Quería esta larga historia que nadie estuviera detrás: ni Dios, ni el diablo, ni el azar. Sólo la mujer y el hombre saliendo del brazo, amorosamente, del centro comercial. Después vendrían los hijos, las promesas, las noches de frío, el té de las diez, los besos con sabor a lluvia. Después vendrían sus paseos por el jardín, el cine, las reuniones con amigos, las breves pero sustanciosas alegrías. Hubiera sido bellissimo que el hombre la invitara a amar, pero la mujer, inesperadamente, y sin advertir la larga historia de amor que yo quería contar, se dio la media vuelta y se perdió en los pasillos del nunca jamás.

**Leo Eduardo Mendoza** (Oaxaca 1958.) Conocido ampliamente como cuentista transfiere sus paisajes de Sinaloa al DF. Entre sus libros de cuentos: *Mudanzas*, *Borges y el Che* y *otras historias hechizas* y *Relevos australianos*. Es autor además de la historia original y el guión de la película *Hidalgo la historia jamás contada*.

**Rogelio Guedea** (México DF, 1974.) Poeta ensayista y novelista. Uno de los renovadores de la nueva novela policiaca mexicana con *41* y *Conducir un trailer*. Vive en Nueva Zelanda, donde trabaja como profesor universitario y últimamente está hiperactivo produciendo microrelatos.

**Bertolt Brecht** (Augsburgo 1898, Berlín 1956.) Dramaturgo, poeta, novelista alemán. Una de las más lúcidas voces de la izquierda del siglo XX. Perseguido por el nazismo se ve obligado a exilarse. En Estados Unidos su filiación comunista hace que lo pongan en las listas negras. Sus obras teatrales como *Madre coraje*, *Santa Juana de los mataderos*, *Tambores en la noche*, *En la jungla de las ciudades*, cambiaron la forma de hacer teatro en el mundo. Algunos de sus cuentos y poemas han sido reproducidos en millares de antologías.

**Bernardo Fernández Bef** (México DF, 1972.) Narrador y creador gráfico, autor de una literatura de gran calidad narrativa con gran impacto entre los jóvenes que se mueve entre torno a la novela policiaca: *Tiempo de alacranes*, *Hielo Negro*; la fantasía; *Ojos de lagarto*; y la ciencia ficción: *Gel azul*.

**Armando Vega-Gil** (México DF, 1955.) Fundador y gran animador de uno de los grupos históricos del rock mexicano, Botellita de Jerez. Ha incursionado prácticamente en todos los espacios de la creación, guiones de cine, novelas autobiográficas, cuento (ganador del premio nacional SLP), terror en verso, cuentos de fantasía, ciencia ficción, literatura infantil, cuentos policíacos. Entre sus libros más conocidos están: *Diario íntimo de un guacarróquer* y *Brevísima relación de un ladrón que yace encuerado y otras pesadillas*.

**Paco Ignacio Taibo II** (Gijón, 1949.) Novelista e historiador mexicano. Fundador del género neopoliciaco en América Latina con su serie que lleva como protagonista al detective Héctor Belascoarán Shayne. Autor de las biografías del *Che Guevara*, *Pancho Villa* y *Tony Guiteras*. Tres veces ganador del premio Hammett de novela negra.

**Howard Fast** (Nueva York 1914, Connecticut 2003.) El más popular y prolífico autor de novela histórica y política del Siglo XX. Creador de *Espartaco*, *Lugar de sacrificio*, *La última frontera*, *El hombre que se despertaba contento*, *El Cruce*, *Mis gloriosos hermanos*, *Poder*.

**Benito Taibo II** (México DF, 1960.) Incansable promotor de la lectura, poeta y novelista. Comienza su carrera literaria en la poesía con libros como *Recetas para el desastre* y *De la función social de las gitanas*. A partir de 2010 se publican en México sus dos primeras novelas con notable éxito: *Polvo* y *Persona normal*.

**Sanjuana Martínez** (Monterrey, Nuevo León, 1963.) Periodista de investigación que ha destacado enormemente en estos últimos años a partir de reportajes y libros que develaron temas candentes como los escándalos de la pederastia clerical, el narcotráfico, la emigración y la censura. Sus investigaciones la llevaron a ganar el Premio Nacional de Periodismo. Entre sus libros más importantes se encuentran *Prueba de fe* y *La frontera del narco*.

**Manuel Scorza** (Lima 1928, Madrid 1983.) Novelista y poeta peruano mundialmente conocido por su genial pentalogía sobre las luchas campesinas publicado a lo largo de la década de los años 70, que se inicia con *Redoble por Rancas*, y prosigue con *Historia de Garabombo el Invisible*, *El jinete insomne*, *Cantar de Agapito Robles* y *La tumba del relámpago*.

**Elmer Mendoza** (Culiacán, Sinaloa, 1949.) Uno de los fundadores de la nueva novela negra en México. Premio internacional Tusquets de novela. Entre sus obras destacan: *Un asesino solitario*, *El amante de Janis Joplin*, *Efecto Tequila*, *Cóbraselo caro*, *Balas de plata*, *Firmado con un clínex* y *La prueba del ácido*.

**Agustín Sánchez González** (México DF, 1956.) Sus trabajos de investigación en la historia del crimen político han producido libros enormemente interesantes como *El general en la bombilla* y *La banda del automóvil gris*. Se destacan también sus estudios sobre la gráfica popular que van de José Guadalupe Posadas a Gabriel Vargas.

**Descarga todas nuestras publicaciones en:**  
**[www.brigadaparaleerenlibertad.com](http://www.brigadaparaleerenlibertad.com)**